

HABITAR LA PALABRA

Peyloubet, Paula

Habitar la palabra / Paula Peyloubet - 1ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Diseño 2024.
96p. ; 20,5 x 20,5 cm.

ISBN 978-1-64360-894-5

ISBN EBOOK 978-1-64360-893-8

1.Cuentos. 2.Poesía. 3.Literatura.

Editor: Santiago Ríos

Ilustración de portada: Ana Laura Minari

Diseño del mandala: María Cecilia Peyloubet Tecera

Digitalización del mandala: Santiago Ríos

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Permitida su reproducción siempre que se cite a la fuente.

Las opiniones vertidas por los autores son responsabilidad de los mismos.

© 2024 de la edición, Diseño Editorial

ISBN 978-1-64360-894-5

ISBN EBOOK 978-1-64360-893-8

Septiembre 2024

En venta:

LIBRERÍA TÉCNICA CP67

Florida 683 - Local 18 - C1005AAM - Buenos Aires - Argentina

Tel: 54 11 4314-6303 - E-mail: cp67@cp67.com - www.cp67.com

FADU - Ciudad Universitaria

Pabellón 3 - Planta Baja - C1428BFA Buenos Aires - Argentina.

HABITAR LA PALABRA

PAULA PEYLOUBET

2024

diseño

Índice

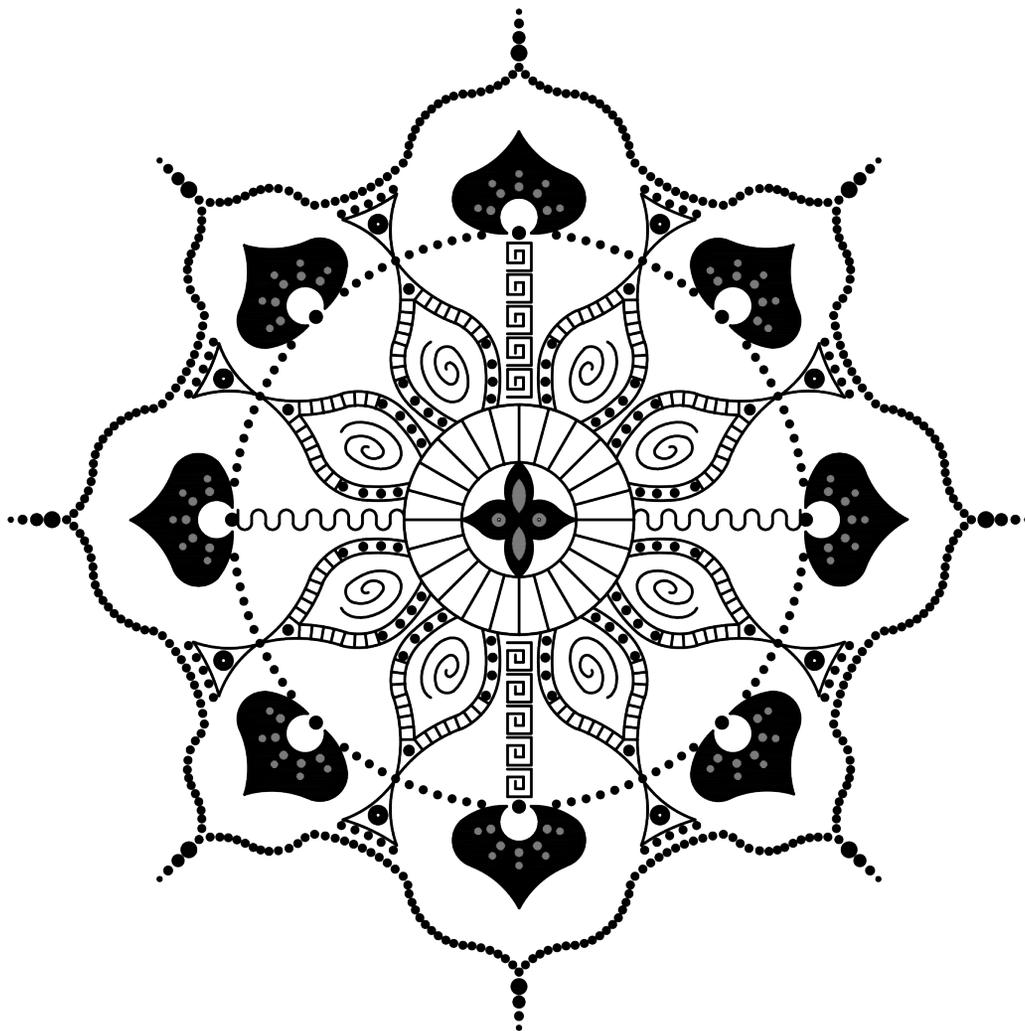
Parte I - TERRITORIO

- Una luna para comprender. 9
- Galopa Rampiro en el cielo. 23
- Hasta el próximo carnaval. 37
- Destinos de fuego y agua. 45
- Piel de cielo, lluvia y agua. 49

Parte II - CUERPO

- Amar trae de regreso. 61
- No hay nadie aquí. 69
- Entrañable abuelo. 75
- El legado eterno. 79
- Somos dos. 87

Parte I - TERRITORIO



UNA LUNA PARA COMPRENDER

La salida

Silencio. La tarde se ha puesto helada y tras los cerros en sombras, ya no se ve al dios sol. Los cerros están azules como el manto de la virgen morena que duerme en el altar de la nueva capilla del lugar, al cuidado del cóndor, que ya no es dios pagano sino dios de los dioses. Silencio de viento. Arrullo vigilante que paraliza el redondo macizo de tierra que ha quedado al cuidado del arbusto seco de espinas en garra. Quién pudiera acercarse a esa tierra sin semejante soldado de amor. Si, la tarde está helada pero la paz de las almas y los ojos entrecerrados que miran al cielo, vierten fantasías que caldean el aire. La escuela de montaña está despidiendo al día.

Los pequeños están de pie frente al mástil gigante de piedra y hormigón. Allá arriba, y casi perdido, vuela libre un trozo de tela que con aguda intuición es bandera, retazo de honores y gestas de independencia. Las manos chiquitas, arrugadas y de piel seca, con las uñas servidas por el barro y las mieles, toman el acero frío del cable que hará aullar la roldana cuando baje la bandera. Y la roldana aúlla.

Alvarito tiritita un poco y frunce su nariz, metiendo sus mocos hacia adentro, mientras alcanza, en punta de pie, al Estado hecho tela que viene bajando con orgullo.

Se acerca por detrás, con pausado andar, el hombre antiguo, que aún no cosecha ni una sola cana, y envuelve en sus brazos, con inclinado fervor, la bandera que acaba de finalizar su recorrido descendente. Amarinto es director de la escuela hace ya 30 años. Conoce la historia y el acontecer de cada signo en los cerros pedregados. Sabe del amor soberbio de las familias por su tierra y reconoce en ellas el milagro de la identidad y la heredad de los pueblos.

El director sonrío. Sus dientes son blancos y su sonrisa es melancólica. Su rostro denota el tiempo transcurrido y su fina mandíbula adelanta su pasado indio. Saluda a los no más de diez changuitos de la zona que, a diario muy temprano en la mañana, concurren a la escuela de montaña con sus esperanzas puestas en el seguro regreso por la tarde a sus casas de adobe, donde arderán los leños.

-Ha terminado el día niños, sus padres los esperan- dice con amable voz y girando hacia el poniente inmenso agrega- buenas tardecitas familias, es una tarde extraña de silencio y frío ¿se avecinan nevadas, tal vez? Regresen con cuidado a sus casas. Estaré alerta.

Canela aparece desde la cocina y cierra la puerta. Ella es la maestra rural. Formada en la escuela de la ciudad con el diploma de una licenciatura que le confiere la certeza de un saber acumulado, con vestigios del entender de la Europa moderna, que utilizó los uniformes azules en la segunda guerra mundial. Descendiente de austro-húngaros, llegados al país en la segunda migración del siglo XX, y viuda de un lord inglés asentado en la pampa gringa que le dejó, después de una cruel

enfermedad, una hermosa niña de ocho años, Miranda, que ella adoptó con inmenso amor.

Canela extiende su brazo y agita la mano, saludando con gracia de princesa, dejando ver en su delgada muñeca magníficas pulseras de flores secas que los niños hicieron y le regalaron en la siesta de hoy, mientras recorrían los senderos buscando armadillos para cantarles una canción especialmente inventada para ellos. Es que Canela adora los animales y los niños festejan su sensibilidad. Por eso, como actividad de música, hicieron una canción para los armadillos. Los niños viven en territorio animal y ese es su cobijo natural. La percepción idolatrada hacia la fauna sólo la tienen aquellos que no son compañeros a diario, de aventuras en el alto, de los propios animales. Los niños igual cumplieron con el deseo de Canela y buscaron por lo menos un armadillo en los cerros, seguros de no poder hallarlo, para cantarle la canción. Claro. No lo encontraron. La canción no se cantó.

Pero hicieron pulseras de flores secas y se las regalaron a la linda y joven maestra.

El camino

Por el borde del desfiladero, susurrando bajito alabanzas al cielo, se alejan Alvarito y su abuelo Quipildor tomados de la mano, seguidos por su fiel caballo negro, como la virgen morena del altar de la capilla nueva, que lleva atado a su lomo huesudo dos alforjas cargadas de papas trocadas por blancos y tiernos quesos de cabra. Saben hacer quesos, saben hacer papas, saben cantar alabanzas y saben que una tarde helada y de silencio campero trae algún aparecido con un gran aguacero

¿Nieve? No, nieve no. Agua. El director se ha equivocado. La nieve trae a los loros en bandadas verdes oro. No han bajado hoy los loros. Hoy no habrá nieve. Los cerros ya están emparentados con el cielo. No parecen cerros. No parece cielo. Solo un oscuro manto de negro silencio. Ha llegado la noche.

-Alvarito ¿tienes miedo? Ya estamos a dos pasos del rancho. Me preocupan las cabras. Quedaron pastando lejos, la pastura este invierno nos ha abandonado temprano y las cabras deben subir muy alto para encontrar su alimento. Creo que no podré buscarlas esta tarde. La noche temprana me ha sorprendido Alvarito.

-No abuelo, no tengo miedo- respondió el niño apretando la mano de Quipildoros acompañando Rampiro. Mirá, va al lado mío y trata de darme cabezazos, él es mi amigo- y acarició el morro del noble caballo que apuró su paso al mismo tiempo que relinchó- Hoy en la escuela inventamos una canción para los armadillos. La maestra dice que los animales son nuestros amigos y que debemos protegerlos de todo mal ¿cuál es el mal que pueden sufrir aquí los armadillos, abuelo? A mí la maestra me gusta mucho porque es buena. Ella tiene una hija que se llama Miranda. Miranda es mi amiga. Hoy estuvimos juntos y le hicimos pulseras a la maestra. Las flores se han secado, ya no hay flores tiernas abuelo. Este invierno está más seco que otros, abuelo ¿Bajó por la acequia el agua que esperabas de la toma? ¿Todavía habrá agua en la toma, abuelo?

Llegaron a la casa. Las cabras no habían vuelto al corral. Salvo Sofía que se pavoneaba de borde a borde, del cerco a la pirca y de la pirca al cerco. Las otras cabras

no estaban. Quipildor frunció el ceño y pidió a la Pachamama que las protegiera. Miró hacia el este y detrás de la negrura espesa de la noche la luna aparecía tardíamente con su cuerno delgado y su brillo apagado por las espesas nubes que la acurrucaban.

-Sí, la noche está extraña- y se le aceleró el corazón que, aunque valiente percibía la llegada del aparecido junto al aguacero.

La llegada

Tibio el aire enrarecido de la pequeña casa de tierra y piedra. Los leños en la cocina habían dejado de arder. No obstante, los muros espesos de barro hacían canto público del calor ganado y convidaban su apacible calentura. El camino de regreso había sido más lento de lo esperado. La llegada de la oscuridad tempranamente había detenido la marcha. Rampiro estaba viejo y su paso, aunque incansable, ya era lento. Quipildor lo acompañaba en la vejez y también en el paso lento.

-Ve a la casa Alvarito- grito el abuelo con voz grave y amorosa- voy a poner comida y a guardar a los animales bajo el toldo. Hay papas y carne seca para la cena. Carga la cocina, la leña está en la cesta de la entrada.

La luz de la luna alumbraba poco. El farol de querosene hizo su aparición. Bendito farol añejo. Herencia de quien sabe cuál de los parientes urbanos. Alvarito prendió la cocina con los leños secos que estaban en la cesta de raíces trenzadas de la entrada. Pura artesanía de manos fuertes y dedos largos que al candor de las velas de algún pasado invierno, prepararon con cuidado la cesta para este nuevo uso.

Futurología. No, tiempo productivo con sabor a ocio clandestino que amasa con prevención la necesidad de más allá en la vida. Para hoy, no es. Para mañana, tal vez. Entonces trabajaron las manos. Y la cesta, que hoy cuida los leños secos, nació alumbrada por el artesano sabio de los largos dedos y de los silencios buenos. Afuera el viento corrió por el desfiladero e hizo bramar la noche. La luna se estremeció y colgó de su cuerno una estela de estrellas que dejaron de alumbrar. Oscuridad total. Un silencio de vacío. Sombras bailando sobre los cerros. Quietud inesperada. Bienvenido el aparecido. Aparecido no. Aparecida. La tormenta.

De repente, la luz explotó en las tinieblas e hizo parpadear los cerros que se volvieron voluptuosos y amantes de esas tinieblas. Y llegó el estruendo. La voz con eco del trueno, reventó el silencio en un solo grito de furia y arrasó con los amantes que se rozaban entre tanto miedo.

La aparecida ha llegado. La tormenta de la Santa Rosa de los meses de agosto, bendecida con los favores de quien sabe cuáles rituales de chamanes andinos, está acá. Es que la tierra de los cerros filtra las aguas de los cristianos evangelizados y de los sabios de la Pachamama.

Allí, donde se unen en la oscuridad sepulcral el cielo y la tierra y se levantan vientos desde el desfiladero meciendo las piedras quemadas por el sol; allí, donde las tormentas hacen sus fiestas en las noches de lunas de cuernos y las estrellas se apagan detrás de las sombras de nubes amorfas; allí, se alaba a la lluvia que llena las acequias, aunque esta muerda a la noche y desgarré los bordes de los más robustos

cerros. Allí, se alaba al aguacero, a la aparecida, a la tormenta.

La tormenta

La escuela permanecía yerta bajo el manto de la noche. El viento le ha traído la acritud de los manzanos del valle cuando florecen en los días de entierro, según dicen las comadronas que traen los niños al mundo. Las luces tenues del salón de lectura permanecen alumbrando con los últimos alientos solares de sus descargadas baterías. Amarinto está preocupado. Mira por detrás de los vidrios empañados del ventanal del norte y descubre sólo la pulcritud del cielo en su negrura más espesa. El viento sacude las ramas del único árbol que se desploma, una y otra vez, sobre el techo de la sala de lectura donde también Miranda escucha, con indómita resignación, la tormenta de la Santa Rosa debatiéndose en lo profundo del alma de los cerros.

-Canela, será mejor que no regreses a la ciudad esta noche. Los vados del camino se habrán llenado y bajarán las piedras rodando por las pendientes y quién sabe si un deslave no deforme los bordes del camino- dijo el director con cariño paternal a la joven maestra.

-Debo regresar a mi casa Amarinto, esta noche la tía de Miranda llega de la Capital para conocerla- y volviéndose hacia la niña le comentó bajito- ¿vamos ya Miranda? Iremos por el atajo del sur y pasaremos el primer vado de inmediato, ya luego no habrá nada más que temer. El vado está muy cerca de la casa de Alvarito ¿lo sabías, Miranda?

Aquel último comentario hizo olvidar a Miranda que afuera la tormenta tronaba y que el viento sacudía con rabia las ramas del único árbol sobre el techo de la sala de lectura. Alvarito era su amigo. Era su héroe. Hoy a la siesta, mientras buscaban armadillos para cantarles la canción, Alvarito le había contado historias de animales audaces que no se parecían en nada a los pobres otros animales que, apresados en el zoológico de la Capital, vivían vidas de tristeza sin ninguna emancipación. También le había enseñado a trenzar las ramas vírgenes de las flores secas, que son las que pueden doblarse y ajustarse sin que se quiebren, según le aseguró, mientras con maestría enredaba las ramitas componiendo las más bellas pulseras. A escondidas Alvarito le había regalado una, que tenía una flor azul desteñida por la sequía de este invierno pero que aún, bajo el ardor de los soles invernales, había podido resistir levemente su color. La flor azul, le había dicho Alvarito, se parecía a Miranda, pues era la única que aún conservaba su pálido color. Claro que el color que conservaba Miranda no era azul, sino de un blanco nacido de la luna de otoño en una gran ciudad inglesa.

Y había que regresar. La tía urbana de la gran Capital llegaba a conocer a su sobrina. Vidas sin familia. Casi vidas prestadas. Casi solas Canela y Miranda.

Tomaron el atajo del sur y llegaron al primer vado. Canela advirtió que la correntada no era menor y que el paso de su pequeño auto no estaba asegurado. Bajó rápidamente para observar más de cerca la situación de aguas arriba. Al pisar una gran piedra, que parecía brillar a cada encendida de relámpago, trastabilló y cayó

al suelo, golpeando su cabeza contra el borde de una emblemática tranquera que separa, con una legitimidad nada ética, la tierra privada de la que es de todos. ¡Mal nacida tranquera que hoy hechas a rodar la suerte de Canela y Miranda en esta noche de tormenta brava y delimitas la entrada al lote abusivo del terrateniente!

-Miranda! pide ayuda, haz sonar la bocina- gritó asustada Canela- la casa de Quipildor está cerca, nos va a escuchar y vendrá a ayudarnos- trataba de calmar a la niña mientras se quitaba la línea de sangre que le rodaba por la mejilla.

La lluvia caía con tanta fuerza que el dios de Canela y la virgen morena no debían estar escuchando las plegarias de ambas mujercitas que, una por joven y otra por niña, lloraban el llanto eterno de los que están aterrados.

La noche se partió en dos a la llegada de Rampiro y sus lazos blancos. Quipildor montaba en su viejo caballo y traía la paz que apacigua a las almas. La noche era otra noche ahora junto a Quipildor y a Rampiro. El abuelo del héroe de Miranda bajó del noble animal y tomó a la niña entre sus brazos, subiéndola luego al equino que, con cuidadosa maniobra, bajó su cabeza gigante y la acarició, dejándola acomodarse en su recado de pelo de oveja. Miranda, aun así, no dejaba de llorar con lágrimas azules, como la flor del cerro de la pulsera que hoy a la siesta le había regalado Alvarito. Quipildor, con su ser de hombre de cerros, lentamente tomó el rostro de Canela y miró la línea parpadeante roja negra sobre su ceja abierta. Se sonrió y bajó sus ojos. El agua copiosa de la lluvia había limpiado su sangre, que ya estaba aguas abajo, entre las piedras del vado cantando a los dioses del alba

para que la bendiga en su marcha. Eso explicó Quipildor a la asustada muchacha que no entendía porque su sangre debía derramarse entre las piedras del vado. Caminaron hacia la pequeña casa de luz andina, con las últimas gotas de la noche. El viento había empujado a la luna que comenzaba a despabilarse y se quitaba con ganas las sombras candentes de las nubes que se despedían de ella, con lánguidos saludos de enamorados que nada se extrañarán. Los relámpagos y los truenos cruzaban lejanos el borde del cerro que, con su más intenso valor, sacudía su humedad desplegando aromas de tierra mojada y suelos de nocturnos pastizales tiernos. Los armadillos habían salido de sus madrigueras para mirar la luna ahora limpia y clara pendiendo del cielo calmo e intransigente, esperando una canción todavía no cantada.

En la puerta la sonrisa de Alvarito mostraba sus enormes dientes separados en la delantera, seguro por aquella lengua curiosa que los esperó crecer y se escondió entre ellos. Alvarito sostenía fuerte y alto el farol de querosene de quien sabe cuáles parientes urbanos.

La calma

La casa respiraba humo polvoriento de los leños secos, guardados en la cesta hecha por las laboriosas manos del artesano, en un pasado y olvidado invierno. Al lado de la fogata improvisada en medio de la habitación, sobre un suelo barrido de tierra, compañera caliente de las noches frías, dormía Sofia, una espectacular cabra blanca de cuernos de color amarillo óxido y roídos en las largas caminatas

sobre riscos de montaña, significantes de orgullo acumulado en la experiencia pasada en tantas tormentas de la Santa Rosa. Sofía, con su latente lealtad, adornaba la casa de piedra y barro de la amiga familia del cerro.

Miranda abrazó la cabra y en ese abrazo, abrazaba la vida que le había regalado al amigo Alvarito, el de los dientes grandes y las pulseras de flores azules. Canela se sentó frente al fuego sobre un telar de lana de vicuña de ropaje marrón caoba. Alvarito abrió la doble puerta baja de quebrachos resecaos y dejó entrar a Rampiro que encontró, a su lento paso, el umbral de piedra y junto a él, el morral de maíz tierno que sería su alimento en aquella noche de extraños invitados al calor del fuego. Quipildor, sentado en su banquito de madera y cuero, fumaba su último cigarro, vestigio de sus andares por el pueblo.

Sobre la fogata hervía una vieja olla de herrumbradas asas sobre las que descansaba, quemándose un poco, una agarradera de colores vivos que traía reminiscencias de culturas andinas del Perú amigo. Dentro de la olla ramitas, acovachadas por el agua hervida, daban lugar a los mejores sahumeros de incesante olor a cebolla, ajo y maíz blanco. La sopa. Caliente y sanador estímulo para el sosiego de una noche larga que había comenzado con el viento bravo, el frío helado, la oscuridad temida y luego el agua. El agua a borbotones, de manera espectacular, había llenado las acequias y bajaba como serpiente brillante desde lo alto; allá en la toma del arroyo que vive al lado del cielo tocando a su paso todas las piedras nacidas de los cerros y hoy con la sangre derramada de Canela; hasta lo bajo donde está la

casa de Quipildor y se guarece ahora el agua, para un reparador descanso, en un inmenso tanque blanco de triple capa de pvc. Extraño subsidio de la civilización moderna.

La tormenta había pasado. La noche estaba derritiéndose y el albor de las primeras horas del sol se anunciaban por detrás de los cerros del este, por donde se vio un día a la virgen morena cantando un conjuro junto a Silvia Rivera Cusicanqui. La sopa había hecho amigos. Canela se había adormecido. Quipildor ahora cerraba la puerta baja de dos hojas de quebracho resecado. Rampiro con sus dulces ojos miraba hacia el fuego. Sofía estaba en su regazo, calentando los sueños del querido amigo negro bendecido en sus fuertes cuatro patas. Alvarito miraba a Miranda con sus ojos negrísimos de vivo sentir y sólo estaba allí, estando. Miranda hundió los dedos en su bolsillo, con la suavidad extrema de quien busca un tesoro; revolvió profundo; con el tiempo de la magia, sacó su mano blanca cerrada y se la acercó a Alvarito. Con una parsimonia casi inusual en una niña de ocho años, que todavía está cruda de la vida, abrió su puño pequeño y dejó ver la pulsera de flores secas que su héroe le había regalado esa misma siesta mientras buscaban armadillos para cantarles una canción. La flor azul era ahora de un vivo color profundo, no solo había resistido al sol ardiente y a la sequía quebrada de este invierno, sino que, por arte de la fe ciega, había mutado a un azul de cielo que nunca se había visto antes.

Es que ni la Pachamama ni sus chamanes, ni los dioses cóndores del alto, ni la

virgen morena que está en el altar de la capilla nueva, ni la santa rosa de los meses de agosto, ni la aparecida tormenta de los aguaceros de miedo saben por qué el amor se prende a los niños con flores color azul cielo.

Cerro Negro del Tirao, a ti.

GALOPA RAMPIRO EN EL CIELO

Transcurría el mes de marzo del año 2016.

Caía la tarde y cuatro amigos bajaban en silencio por el camino de las Altas Cumbres en una vieja camioneta prestada, por quien sabe. Tal vez era la de un tío de alguno de ellos. Eso ya no importaba. Lo vital para esta hora, es que sentían el cansancio que los habría inmolado para siempre, en una nueva gesta.

Llenos de júbilo habían salido temprano ese día, hacia el Valle de Traslasierras, con la alegre idea de tirarse en parapente, desde los cerros altos. Pura vida de jóvenes distendida, sin preocupaciones, con la desfachatez de los que tienen todo el tiempo por delante y hasta les sobra.

Ese día el Champaquí se recortaba sobre el cielo, luciendo su magnífica silueta de estirpe cordobesa y las vistas desde allí, solo se comparaban a las que los cóndores poseen cuando realizan sus vuelos de altura. Majestuosos seres alados que nadie podrá igualar en la fantasía de su volada ni en la nobleza de su temperamento. Sería un paseo maravilloso de reencuentros esperados, entre amigos del barrio, donde de pequeños se habían prometido amistad eterna. Y así acontecía.

Ya en el mediodía estaban sobre la cima y dispuestos a hacer sus primeros planeos. En medio de aquella algarabía, los muchachos de risa fácil y andar sereno, des-

cubrieron con su vista perdida en el horizonte, una línea de rojo extravagante, montada sobre cabriolas de intenso azul fuego. Azul fuego. Cabriolas. Rojo extravagante. Fuego en el frente y una nube humeante acostada por el viento que comenzaba a levantarse. Masas de aire caliente reventando sobre la atmósfera y un demonio enloquecido alborotando la quietud del paisaje de montaña. Fuego. Un escalofrío penetró en sus almas y los muchachos elevaron los ojos al cielo. Sobre ellos permanecía celeste y de inmaculada limpieza. Aún se veían pájaros. Pájaros que en segundos comenzaron a ser cientos, miles y millones, que en una estampida desesperada auguraban un final de día fatal y desgraciado.

En un santiamén recogieron sus bártulos, los echaron en la caja posterior de la camioneta y subieron los cuatro a la cabina, emprendiendo un veloz regreso. Por el camino de descenso se encontraron con cientos, miles y millones de animales que corrían aterrados, cortando el alambre de lo que fueran los límites de los campos de estancias, arrollando a su paso, con tremendo fragor, todo obstáculo material más allá de toda necia propiedad. Mientras tanto el aire se enrarecía y las sombras del humo comenzaban a llegar generando un caldeado espectáculo donde era difícil hasta respirar. Todo pasaba en un brevísimo tiempo.

En medio de esta bravía lucha de fuego versus vida, ya más cerca de los poblados del valle, se veía a las personas bajando a pie con sus bolsas completas de todo, lo poco que tenían, tomando de sus manos a los pequeños. Paso a paso se alejaban de la zona de peligro. Llevaban también sus perros, gatos y cabras por senderos

de tierra malograda por el tiempo y la lluvia, con la desazón de los que no son mirados.

Y entre todo esto, un corcel de largas crines negras galopando indómito, huyendo del fuego, que lo abrazó al finalizar la tarde. Rampiro se llamaba.

Los cuatro muchachos pararon la camioneta, herida por el golpe de una gran piedra que rodaba en medio del desastre, tomaron sus parapentes y bolsos de ilusión cargados un momento antes en la caja posterior y los abandonaron al borde del camino; en ese vacío de parapentes despojados, subieron a las personas y sus bolsas completas de todo que, con profunda resignación, trepaban una a una sintiendo casi por primera vez brazos amigos que los rodeaban, acogiendo su cansancio.

La camioneta huía ahora repleta de almas salvadas, entre los caminos perdidos, dejando atrás el fuego que el bendito apagaría más tarde, con la lluvia copiosa de la noche.

Transcurría el mes de marzo del 2023.

El crepúsculo iluminaba con una luz tenue la sala. Allí estaban los mismos muchachos, ahora más maduros otra vez reunidos, detrás de un solemne escritorio y tipeando una carta sobre el teclado de una moderna laptop. Terminaban satisfechos una carta dirigida al ministro que tenía a su cargo la doble función de cuidar aquella tierra, que habían visto quemarse años atrás, y de reconocer a las comunidades que la habitaban, sus principales tesoros. Un patrimonio tangible e intangible que, hechado a su suerte, se quemaba, se vendía, se violentaba y se olvidaba.

Desde aquel día, en el mes de marzo del 2016 y bajando por el camino de las Altas Cumbres, los muchachos se habían organizado junto a las comunidades invisibilizadas, en una nueva gesta de justicia con la tremenda intención de que fueran miradas, contempladas, reconocidas y valoradas. Nació así una interacción de saberes dispuestos a no renunciar al cuidado de la tierra y de las almas que viven en ella. Los afectos y la confianza sasonaron la común unión.

Y en aquel tiempo se vió a Rampiro, el caballo alado de largas crines negras, cabalgando en el cielo de la nacida nueva esperanza, celebrando la epopeya. Ahora se iba a escuchar y se iba a mirar. Rampiro ya no debería huir del fuego, solo volar en el cielo.

Y la carta presentada, en ocasión de una nueva ilusión, decía lo que nadie había escuchado todavía.

A su Señoría el Sr. Ministro

Ref.: Informe Rampiro. Traslasierras.

En relación al asunto de referencia, es que se realiza esta primera comunicación a modo de informar la perspectiva que se está construyendo con el fin de trabajar en el territorio mencionado junto a su población.

El recorrido por las localidades y los parajes, haciendo contacto con su gente, es indispensable para comenzar a comprender las realidades locales. Esto se constituye en el primer eslabón que luego derivará en el resto de las acciones

y comprensiones. Los primeros encuentros con la gente lugareña, que habita ese suelo y sus potenciales, configuran un momento decisivo ya que supone la construcción de las confianzas y los afectos. Es un tiempo de presentaciones mutuas y escuchas relajadas donde es conveniente no tener apuros y ponerse en situación de conversación fraterna. En este sentido, queremos poner en evidencia el interés profundo por reconocernos mutuamente y aprender unos de otros. Vale decir que este vínculo respetuoso de la calma y el sosiego del lugar interpela abruptamente los mecanismos con que, en general, la “urbe”, el “desarrollo” y la “civilización” acostumbran a llegar a estos territorios donde, en realidad, el espacio no tiene límites y el tiempo transcurre de manera lenta. Es de nuestro entender que se requiere de una mimetización con el momento, el paisaje y su gente. Debe entenderse que, de alguna manera, supone un trabajo de subjetividad que apela a las percepciones y a las emociones que serán finalmente las que tiñan los futuros planes colectivos...

El Ministro, sentado en un taburete frente a la ventana y bajo sus lentillas de pequeño tamaño, examinaba la carta que le hacía temblar sus manos, incomodando su ilustre y cómodo rol gubernamental. Siguió leyendo espectralmente la misiva.

...este relato de nuestros primeros acercamientos- que en mucho se parece a la lógica de hacerse amigos del “Principito” y el “Zorro”- lo hacemos con el

propósito de convidarle a Ud., la instancia por la que estamos caminando y de invitarlo a participar de alguno de nuestros viajes para que pueda compartir esta experiencia que hermana y construye la empatía necesaria para cualquier vínculo sano y sincero.

Lo que intentamos asegurar en este inicio, de paulatinos acercamientos, es el nacimiento de confianza para trabajar sosteniéndonos unos a otros y de afecto que nos obligue a nunca quebrar esa confianza.

Va de hecho que para nosotros constituye un asunto no laboral sino vivencial, producto de nuestra ideología y nuestras creencias que nos hacen responsables y nos comprometen con la construcción colectiva y cooperativa, asociando esfuerzos y aportando saberes diversos, desde una experiencia que se erige como una alternativa a la consabida de expertos en torres de marfil.

El ministro frunció el ceño. Su aire circunspecto se quebró por un quejido. Al pie de su taburete, un perro flaco y desalmado había recibido una patada, con la carga del poder de quien no posee nada. Ni siquiera al pobre perro. El ministro limpió su zapato después de patear al perro. Y siguió leyendo enhebrando broncas.

Los saberes, es otra de nuestras apuestas; el estrecho vínculo que nos interesa generar y hacer nacer, se asienta en la complementariedad de los saberes diversos. Saberes que han sido gestados en el asiento de múltiples lugares,

a la luz del tiempo y en la afirmación de cuántas historias; así la cultura y sus prácticas se engendran en maravillosos territorios en virtud de sus potenciales y con los cuidados necesarios. De esto se desprende que creamos en la existencia de un saber “otro”, que es tan legítimo como el académico y debe ser reconocido en el marco de los valores que sostiene que, en la mayoría de los casos, revela una sabiduría que promueve con inteligencia emocional, las relaciones más perfectas entre comunidad y territorio. Es una de nuestras expectativas dejar al descubierto, con legítima reivindicación, el saber que anida en las comunidades tras las sierras, pocas veces tenido en cuenta como un potencial efectivo para dinamizar los cambios que sean necesarios. Allí radica una de nuestras búsquedas, el saber territorial amasado en el trajín de muchas manos junto al saber académico, desmitificando el conocimiento suficiente y soberbio del experto.

Restregándose las manos y arrugando con ello el papel, intentaba persuadirse de su inocencia frente a aquella inesperada interpelación, que nacida como epílogo de un incendio se presentaba hoy voraz y penetrante, golpeándole la cara con el mismo calor de las llamas de marzo del 2016. El ministro miró hacia la calle y descubrió cuatro hombres reunidos, ya no en una vieja camioneta, ya no detrás de un solemne escritorio sino de pie bajo la luz amarilla de la plaza, a la espera de los cambios que urgían por la necesidad y por la insensatez de una justicia no

reclamada. Siguió leyendo.

...en virtud de todo lo expresado, como una forma de darle a conocer nuestro “ritual”, bajo esta licencia que se co-construye con una incesante paciencia, le contamos qué pasa por aquellos pagos.

Este territorio Sr. Ministro es un territorio “alejado”. Alejado porque la comunicación está menguada. Es obsoleta, no funciona y además es insuficiente ¿La comunicación a qué hace referencia? Remite a la comunicación física-trasladarse, los caminos son tortuosos, están en mal estado, son excesivamente vulnerables a los temporales, no son aptos para ser transitados por cualquier vehículo, no forman parte de los corredores sostenidos comercialmente ni estatalmente, están olvidados, los servicios de transporte son mínimos, no acceden a todas partes, hay que hacer escandalosos esfuerzos para llegar a nodos formales de transporte. La comunicación también es la posibilidad de enviar mensajes de alerta, de riesgo, de socialización, de saberes. La señal de telefonías- cualquiera de ellas- es pequeña, escasa y es complicada su conexión. Tal vez debajo de un árbol, de una rama, que ayer podaron para hacer leña, calor para el frío. La comunicación es la posibilidad del trueque, la comercialización de bienes, el intercambio de producciones, la justa definición de los valores en la balanza comercial que manipulan desde el poder del monopolio por ser únicos interlocutores de un comercio abusivo, donde

la llegada de unas manzanas al territorio rural, desde la ciudad, significa un comerciante avaro que, a cambio de ellas, se lleva el cabrito, la lecha el queso y la esperanza de una relación más simétrica en la única posibilidad comercial de la semana o tal vez del mes.

La comunicación. Humeó su pipa el ministro y sintió que le ardía el pecho. La tragedia de la verdad lo atravesaba, y aunque se resistía siguió leyendo.

Este territorio Sr. Ministro es un territorio “silenciado”. “Silenciado” porque las voces no son escuchadas, porque no se advierten los gestos del silencio que tienen cantidad de expresiones y en ese apuro abismal del hombre moderno, se llevan por delante las habilidades, las expectativas, los deseos y los sentires de la comunidad de esas tierras. Sus casas son productoras de vinchucas, sus quesos no están pasteurizados, sus dulces son orgánicos y no resisten al tiempo, sus cabritos están mal alimentados y pisan estancias ajenas, sus papas producen sequía, sus artesanías son poco valoradas, sus especies necesitan procesamientos industrializados. Y de a poco, se construye el imaginario de que este territorio no tiene nada, no sirve, sólo tiene carencias y por lo tanto hay que llevarles lo que les falta ¿Es que se ha pensado acaso en todo lo que sí tienen? Los potenciales de esta tierra y su gente son tan inimaginables que sólo se reconocerán cuando se aprenda a escuchar, a ver, a oler, a tocar y a

amar. El potencial productivo original e identitario de este territorio y su comunidad es el motor de marcha de un alternativo desarrollo del cual este lugar puede dar cantidad de lecciones.

Los cuatro hombres no abandonaban la plaza. De pie, bajo la luz amarilla, comenzó a juntarse la gente. El ministro entrecerró sus ojos, pero siguió leyendo.

Este territorio Sr Ministro es un territorio “aculturizado”. “Aculturizado” porque la heredad de su pueblo no es tenida en cuenta, no se atiende a sus valores infinitamente bellos, no se comprende su saber ancestralmente amasado y maternalmente cuidado, no se advierte que la “sabiduría de su saber” se compenetra con la tierra a partir de los secretos que ésta relató cuando había tiempo para escucharla hablar. Y ella hablaba porque tenía tiempo para suspirar mientras miraba la luna. Hoy ni la tierra habla, ni mira a la luna; está preocupada porque la venden y la revenden, la maltratan y la descuidan. Las casas no son de barro, paja y madera porque sí ¿Alguien ha considerado que esos tres componentes son frutos de esa tierra cuando hablaba y miraba la luna? ¿Alguien advierte que en aquellos tiempos los abuelos y bisabuelos de Rampiro galopaban sobre la tierra, a la luz de esa luna mientras ésta les contaba sus secretos? Hoy el barro se convierte en cemento industrializado, las manos que cortan los adobes son las que se cruzan para alabar el desa-

rollo de mampuestos que no intercambian nada con la tierra, con la luna y mucho menos con el sol. Mampuestos industrializados que se mojan, se calientan, se enfrían, se quiebran, se compran y matan la idiosincrasia de los que conviven con un saber que ellos creyeron sano, bello y útil. Porque tirar sus “ranchos” en virtud de la llegada de esta tecnología urbana, parienta impertinente que avasalla la humilde tierra secada al sol, que con tanta maestría resiste el calor para que no “se meta” y que no “se salga” con las heladitas. Vieja sabia la tierra que miraba la luna que pudo en las patas fuertes de los Rampiros coronarse en adobitos que hicieron hábitat del territorio. Pobres los “pichis” o “peludos” o “quirquinchos” o “mulitas”- como se quieran nombrar- que no llegue a ellos este carnaval moderno que cambia espejitos por pepitas de oro. El saber hacer hogares para la vida, de majestuoso convite a las relaciones, son algunos de los saberes del hacer hábitat que hoy están siendo empujados hacia un abismo donde sólo queda saltar al vacío. Este territorio detrás de las sierras tiene un saber hacer tierra, agua y luna que puede erigirse en potestad de tecnologías de herencia inigualable y de sentido estético muy alta, con solo el trajín de amasar saberes diversos entre muchas manos, sumando las nuestras que han tomado lápices y bolígrafos brillantes para editar magia, pero no han embarrado sus uñas por siglos en el cortado de los adobes secados al sol. Todos juntos los saberes fraternalmente apoyándose, no eliminándose, no compitiendo, no ocultándose.

Un bullicio inesperado alentaba la espera. La gente llegaba de a cientos, miles y millones. Los cuatro hombres entre una multitud. La plaza estaba desbordante. Nadie pisaba la calle. Todos ajustados por arriba del cordón de la vereda pública. Cualquier intento por ocupar el espacio vehicular haría ingresar una horda de carabineros que, con soberbio gesto y en desmedro de los vínculos, golpearían a sus compañeros.

Los que venían de lejos, valientes que combatían los fuegos, cuidaban sus cabras, acogían a sus pequeños y un día debían huir en la caja de una camioneta. Los que venían de cerca, usaban hoy trajes de gendarmes, policías y militares, terratenientes desvencijados con el correr del tiempo que, habiendo nacido en tierras de caciques, ahora sucumbían al poder de los dioses de las urbes y desencajados cantaban el himno nacional cerrando los ojos para no recordar. Frente a esta multitud prolija, siempre dentro de la plaza, el ministro siguió leyendo la carta.

Este territorio Sr. Ministro es un territorio “olvidado”. “Olvidado” porque está allí, tan en silenciado, tan alejado y tan aculturizado ¿Qué hay para ellos? ¿Qué se espera de ellos? ¿Hay lugar para ellos? Ese territorio es madre y padre de un futuro posible, de un presente iluminado y de un pasado sabio. Tierra de oportunidades. Tierra de saberes singulares. Tierra de productividad suficiente. Tierra de comunicaciones solicitadas. Tierra de gente que

quiere quedarse decidiendo vivir mejor.

Para saber y reconocer esto Sr. Ministro, hay que tomarse el tiempo para escuchar, y sólo se va a escuchar si deciden hablar, y van a hablar si tienen confianza y todo esto nadará en abundancia si hay afectos.

Como la tierra cuando hablaba y miraba la luna y los corceles galopaban sobre esa tierra a la luz de esa luna y nacía un hábitat de pedacitos de tierra y al abrigo del sol que tan amigo de la tierra es. Eso queremos aprender Sr. Ministro.

El ministro arrugó la hoja A4, que para esta hora yacía inerte ya en sus manos crispadas, abrió la ventana con violencia y arrojó el bollo muerto de papel, cayendo en medio de la plaza. Y la carta finalizaba.

Esperamos haber podido enamorar su corazón y motivar su racionalidad para que juntas puedan comprender esta otra forma de pensar este territorio, donde con superlativa emoción aparecen las comunidades y su habitar.

Es un gusto saludarlo. Esperamos encontrarlo en un viaje de estos, al lado nuestro, conversando acerca de lunas, soles, tierras y Rampiros.

La plaza quedó vacía. Y acabó toda comunicación epistolar. Nadie contestó a los cuatro muchachos de marzo del 2016. Tampoco a los cuatro hombres de marzo

del 2023.

Marzo del 2024. Galopa en el cielo Rampiro.

Todavía espera.

Al valle, detrás del Champaquí

HASTA EL PRÓXIMO CARNAVAL

Febrero del año 2010.

Era un verano caluroso y lleno de mosquitos. El territorio con sus múltiples verdes desplegaba cómodo su inmensidad. La vida entrerriana saludaba alegre a cada día.

El río Uruguay había llegado a un caudal justo. Las lluvias, aunque intensas ese verano, no habían logrado inundar la ribera esta vez y la ciudad se preparaba para festejar el carnaval con tranquilidad. Los niños ya habían salido a la calle y comenzaba el éxodo hacia la Plaza Urquiza, epicentro de festejos familiares, música litoraleña y el cantar incansable del agua cayendo en la fuente de Los Sapitos. La tarde esperaba a la noche entre los aerosoles de espuma y los trajes de colores, que animaban el fantástico encuentro con el Rey Momo.

Sentado sobre el cordón de la vereda, en la esquina señalada de la plaza, esperaba el niño con una alegría que caminaba como hormigas por todo su cuerpo. Se había preparado largamente para ese momento. El final del carnaval señalaba con precisión el reencuentro. Había saludado a su mamá esa tarde antes de salir y se había asegurado de que sus hermanitos tuvieran un magnífico helado de agua, fresco para aquella tarde de calor. A pesar de toda situación el niño moreno cada

día lavaba parabrisas de todos los autos que se paraban en la esquina del semáforo. Su simpatía enorme nadie podía resistirla y no le negaban los billetitos por su trabajo prematuro que a puñaditos y arrugados llevaba a su madre todas las mañanas. Su pelo lacio y castaño, largo hasta la mitad de su espalda, caía sobre su frente, haciendo cosquillas a sus redondos ojos vivaces, adornados por unas largas pestañas curvadas hacia arriba. En su rostro de terciopelo oscuro asomaba una sonrisa que dejaba apreciar sus blancos dientes y su ternura ingenua, propia de quienes aman de verdad. Mientras aguardaba la llegada del esperado amigo, controlaba su emoción.

Junto a él, un lanudo perro viejo, de mansa mirada, bostezaba una y otra vez como señal de cansancio o tal vez de poco alimento. Para ese tiempo nada sobraba y lo que le llegaba al sabueso era a veces restos de comida que, calentada y vuelta a calentar, quedaba casi inerte en los platos enlozados despintados por el raspado, en casa del niño moreno. La pobreza era un signo siempre presente y no era fácil de escaparle. El perro adoraba a su niño y con lealtad extrema acompañaba su aventura en este nuevo carnaval. Abrazado a su perro querido, el niño, esperaba feliz.

La luna ya había salido. Carnaval y luna llena. Presagio de amistad y de reencuentros.

Por la calle ahora oscura, que llegaba a la plaza, una silueta pequeña se acercaba. En el fragor de las comparsas y los bailes entusiasmados, nadie advertía al nuevo

huésped. Bienvenido a la luz de la esquina de la plaza, amigo esperado. Casi como un fantasma, sin tocar con sus pies el suelo, la silueta pequeña fue aproximándose hasta donde el niño moreno y su perro viejo habían elegido sentarse. Llegó a ellos y les hizo una reverencia. Su mano suave de dedos pequeños acarició al can y luego, en un gesto amistoso, estrechó a su amigo y así quedaron saludándose como entrañables compañeros compinches, por un largo rato.

El huésped lucía rizos dorados, pecas en su rostro claro y profundos ojos azules. Emblemática capa larga, de celeste inmaculado por fuera y rojo intenso por dentro. Sus pequeños hombros ostentaban charreteras de oro en forma de soles brillantes, que bailaban al sonar de las trompetas en ese carnaval concordense. El niño ya había estado allí. Así fue el principio del encuentro. Era un pequeño principio. Era un Principito. La ciudad lo había acogido tiempo atrás en el enorme palacio del Parque San Carlos. De la sensible percepción de un piloto lionés, en sus viajes llenos de aventuras volando por la región, en su encuentro mágico con niñas aladas, salidas de la espesura de aquel bosque de eucaliptos, con aspecto de princesas. Allí había nacido el mito. Para el niño moreno su compañero real.

Los niños eran amigos. Uno nacido de la tierra fluvial maravillosa. Otro nacido de los cuentos de un autor francés. Mitos. El niño real y el niño de ficción esa noche estaban celebrando. Al decir de la verdad, esto podría ser perfectamente un anhelo y sólo eso. Pero, quién se atrevería a despreciar semejante posibilidad de carnaval, en la que verse y conversar ocurre porque lo desean. Mitos. Amigos reales surgidos

de cuentos.

Habían jugado en otras épocas, tal vez en sueños mágicos que despilfarraban enredados renacimientos entre arándanos florecidos que habían visto crecer, año tras año, y durante muchas siestas se habían empachado con la jugosa y bendita fruta de la región. Las plantaciones de eucaliptos habían sido testigos de soleadas tardes cuando, tumbados al borde del río Uruguay con los pies en el agua, miraban al cielo y reconocían las aves que volaban alegres batiendo sus coloridas y brillantes alas. Loros y guacamayos del litoral. Al mismo tiempo descubrían los peces que se acercaban y hurgaban entre sus dedos haciéndoles cosquillas. Dorados y surubíes del litoral. Carcajadas de fiesta.

El tiempo había horadado la luz y los dos niños, ahora enfrentados a su encuentro, se aferraban a los recuerdos de milenarios días siendo eternamente amigos. Mitos. Aquella noche de carnaval iba a suceder algo. Un conjuro oculto señalaba el momento y transportaba la esfinge de un ser auténticamente nocturno, parido de goces perfectos y alegrías nunca contenidas. Y allí, en la misma esquina de la plaza, donde ahora estaban sentados, frente a sus ojos despabilados y entre vitales ladridos del perro, apareció una imagen maravillosa, desbordante de luz. Mágica. Enorme figura tallada en la madera, de suave expresión y andar festivo. Maquillados con gracia auténtica sus estirados ojos y pintada de rojo ceibo su boca bufona. Sonreía a la vida con una felicidad habitual de cada fiesta de carnaval. El rey del carnaval estaba allí, mirándolos, cómplice en el encuentro de los amigos ficticios.

Uno hecho de carne y hueso, moreno y hermano protector, otro hecho de letras, papel y algunos croquis, amigo de una rosa en un lejano planeta y, por último, el que no hablaba, pero serenamente cuidaba la escena. El perro fiel.

Como un dios de la risa, el Momo, miró al perro lanudo con cálido afecto y poniendo una de sus manos sobre el can, lo rejuveneció cien años. El perro saltó ileso de aquel asunto y lamió sus patas hasta dejarlas brillantes, como los espejuelos de los disfraces que llevaba más de uno en aquel carnaval del 2010 en Concordia.

El pequeño niño rubio, lo observó con cuidado. Dio varias vueltas alrededor del Momo. Se acercó por detrás y con cuidado extremo estiró su brazo, dejando caer su capa celeste y roja desanimada sobre la calle de piedra. Con amistosa mirada se resbaló hacia la figura recién aparecida y rozó su espalda cubierta por escamas doradas, insinuando un pez dorado prohibido de pescar, salvado de todos los males, a excepción de un conjuro que cumplía este joven príncipe de rizos también dorados.

Sintió en el instante un frío estremecedor. Aquella mágica figura, que llegó para alegrarlos, estaba ahora hecha hielo en un bendito segundo. Las escamas cayeron de punta y perforaron las piedras de la calle, ahora reblandecidas.

El niño moreno parpadeó y las luces de la calle se apagaron. El festejo se detuvo y la escena se inmovilizó. Quietud y silencio. Lo que había comenzado con inmensa alegría se estaba transformando ahora en una inesperada situación, que conmovía e incomodaba.

La enorme silueta de hielo se tambaleó. Los niños no pudieron detener su caída. Desde lo alto de su espectacular dominio, cayó sobre el cordón de la vereda de la esquina de la plaza, donde los niños se habían encontrado en aquella noche de carnaval junto al perro lanudo, que ahora era cien años más joven. Esquina convertida en tragedia para estas horas. Las luces se prendieron entonces azules y rojas. Algarabía y festejo ahora interminable. Mitos.

El hielo se rompió en mil pedazos. El Rey Momo se había quebrado. Más tarde, al calor de las comparsas, se convirtió en un manantial de agua que inundó la calle de piedra y danzando burlona recorrió un largo camino hasta encontrarse con el río Uruguay.

El manantial descendía entre los transeúntes en esa noche de carnaval que, al ritmo de la música de los candombes, bailaban divertidos y despojados, sin percibir que el agua que corría entre sus pies, era el Rey Momo diciendo adiós.

Los dos niños amigos eran testigos. Había sucedido en aquella noche de encuentros esperados. Frente a ellos, la masa humana de festejantes en un frenético andar, giraba una y otra vez alrededor de la plaza celebrando ahora el carnaval muerto.

Poco a poco la luz de las estrellas comenzaba a apagarse. La luna retrocedía murmurando tristezas y encontraba su ocaso detrás de las palmeras ribereñas. Desde el este, la luz nueva comenzaba a filtrarse en el cielo, pintando de rosa y naranja el horizonte. Estaba naciendo el sol. Se había retirado la noche.

El carnaval había muerto aquel domingo de fiesta y agua, por primera vez en

Concordia.

De pie, los tres testigos del Momo hecho hielo y después trizas, el rubio, el moreno y el lanudo perro fiel, miran el río, evocando recuerdos de plaza, bailes y candombes. El agua se desplaza con calma entre las curvas suavizadas de las barrancas que marcan el límite del territorio. La tierra colorada, recortada sobre sus bordes, está repleta de loros esta mañana. Miles de pequeños pajarillos de color verde azulado, en un inesperado y valiente viaje acompañan la salida del sol en esta bella mañana en el litoral. El amanecer festeja la llegada del nuevo día. Los loros vuelan de un lado a otro batiendo sus alas, que como espejos reflejan luces de fuego. El sol se deja ver de a poco, elevando la temperatura en este verano del año 2024. La ciudad prepara el nuevo festejo, muchos años después de la primera muerte del Momo, cantando todavía la alegría de ser hija de los bosques de eucaliptos, de los jugosos arándanos y del manso río que un día se llevó hecho agua al carnaval.

La leyenda cuenta que los tres amigos, cada año, regresan para saludar al río, que en su vertiginoso caudal lleva a diario, una y otra vez, el agua de hielo derretida del Momo en aquella noche de hechizos dorados y luna llena, cuando un conjuro despidió al Carnaval, convertido en un alarde de dios alegre que sonreirá para siempre.

Finalmente, ya se sabe con certeza que el entierro ocurrió sólo una vez, y se lo recuerda cada año.

Febrero del 2120.

Sólo el perro rejuvenecido, que no puede morir, sigue viniendo a esta bendita tierra año tras año. Ni el niño moreno que descansa en el cementerio de los valientes, ni el niño de rizos dorados que regresó a su planeta enamorado de su rosa. Sentado y cansado en el borde del río, el peludo amigo, saluda nuevamente al carnaval, hechizado para siempre.

A la alegre Concordia.

PIEL DE CIELO, LLUVIA Y AGUA

La niña pelilarga de grandes ojos azules miró a su madre y, apoyando su nariz contra el vidrio de la ventana que mira al río, dijo con voz serena:

-Con tanta lluvia aquí y más al norte del río, la tierra ha quedado inundada. Los arroyos han tomado toda la ribera de las islas- se apartó del vidrio porque había quedado empañado por el vapor de su cálido aliento y agregó- es un invierno de agua y más agua, mamá. Se parece al que tuvimos hace unos años...aunque aquella vez nuestra casa se inundó –recordó con tristeza- ahora sobre estas columnas tan altas el agua no podrá alcanzarnos.

-Si- comentó la mamá- esta tormenta no permitirá que lleguen las barcazas con los rollizos de álamo al embarcadero del aserradero. Tu papá no podrá ir a trabajar. Hoy tocaba descargar los troncos y comenzar a quitarles la corteza. Había un pedido, desde la Capital, de corteza de álamo para hacer chips de leña y tableros... sería un gran negocio en estas épocas...la madera debe ganar valor más allá del papel, hija mía, siempre se lo digo a tu padre- murmuró la señora con ilusión.

-Papá me ha contado que el álamo crece rápido y que se consiguen en la plantación diámetros del tamaño de una palma de mano de hombre grande, que los hacheros los movilizan sobre el hombro hasta los albardones, desde adentro de la

isla y que, aunque no puedan ser troncos muy largos por el peso que tienen, a dos metros de longitud siempre llegan... eso es bueno ¿verdad mamá?

La mamá acarició la cabeza de su pequeña hija y con un gesto tranquilizador contestó:

-Claro que sí ¡Eso es muy bueno! - Inmediatamente buscó un álbum de fotos del viejo baúl de cuero, herencia de sus abuelos inmigrantes provenientes del centro de Europa, y mostró a la niña lo que el álamo había sido en otras épocas.

-Mira, la hermosa casona de techos colorados, frente al hospital, fue realizada íntegramente en madera de álamo de las islas ¿ves? - señalando otra imagen, con su largo y fino dedo agregó- esta es la antigua casa de Doña Rita, que tenía plantaciones de naranjas y nueces pecan ¿no es bella? También, hija mía, toda hecha en madera de álamo local.

Cerró los ojos como soñando y murmuró:

-Nuestra madera merece un destino trascendental, necesita ser algo más y que todos celebren su existencia... árbol que muere y nace madera- se secó los ojos y continuó entusiasmada- en tu escuela, los profesores carpinteros están desarrollando una tecnología para hacer casas de madera de álamo, con esa idea van a lograr diversificar el uso de las forestaciones de la cooperativa y mejorar las ventas regionales y... ¡quién sabe! Tal vez así, haya más trabajo y los jóvenes egresados de nuestra querida escuela técnica puedan instalar juntos una fábrica de casas de madera, asociándose a los productores forestales de la cooperativa ¡Eso pondría

de pie a nuestro pueblo! Y nuestros jóvenes no emigrarían- agregó frunciendo el ceño.

-Qué lindo mamá mía! Yo quiero tanto a mis profesores- exclamó la pequeña dando un salto sobre el piso de madera de la habitación- son siempre muy cuidadosos en la carpintería de la escuela, nos enseñan a querer a cada pedacito de tabla que tomamos y a convertirla, con nuestras manos y las herramientas, en piezas únicas de tallados finos, de mueblecitos útiles, de experiencias bellas... las tablas de álamo tienen un aroma dulce, un color sutil y son tan suaves al tocarlas.

Mientras madre e hija discurren en este osado diálogo futurista, en la tarde gris de lluvia y viento, el río continúa subiendo y arrebatando a la playa los últimos albores de los camalotes, reemplazándolos por bancos de barro y neblina. Se escuchan las ranas que tempranamente comienzan sus cantares, en vísperas de una larga noche.

Más allá, casi al final del caserío, en el alto salón de la cooperativa, los productores forestales reunidos con los profesores de la escuela, carpinteros avezados en el ancestral oficio, discuten ideas en una acalorada conversación que se llena de esperanza, mientras sus relatos construyen en sus cabezas las viviendas en madera de álamo, de impecable factura, devenidas en una pujante actividad económica para la localidad. Se repiten una y otra vez: agregado de valor a la cadena productiva del recurso forestal local, árbol hecho madera, convertida luego en vivienda y familias reinventadas en co-productoras de una actividad asociativa, que ponga

a la comunidad en su conjunto detrás de una propuesta solidaria y justa para un bienestar colectivo. Viviendas para familias, barrios de madera en una escala productiva amigable con el ambiente.

Todos los reunidos en el salón alto de la cooperativa, imaginan ya en marcha la fábrica de viviendas de madera de álamo, a partir de componentes desarrollados en la escuela técnica, por los profesores inventores y creativos. Con la madera local. Bajo el perfil productivo de la zona. Tabla corta y secciones medias. Impronta productiva de una región de islas y delta.

Componentes prefabricados en taller con matrices estandarizadas y maquinaria de baja inversión de capital inicial, producidos por egresados de la escuela técnica, jóvenes con arraigo al terruño que los vio nacer.

Familias locales que materializan el sueño de su casa enraizada en estas tierras que se enlazan amorosamente con el agua de los ríos. De los ríos que siempre crecen con las lluvias que viene desde el norte y son, justamente, las mismas que hoy la niña y su madre están mirando por detrás de la ventana, mientras esperan la llegada del padre que sigue animado, por la gran conversación que, en el salón alto de la cooperativa, casi al fondo del caserío, está alumbrando el porvenir de los años venideros.

Al amoroso Delta entre los ríos.

DESTINOS DE FUEGO Y AGUA

Los loros barranqueros bajaban aquella tarde en un vuelo rasante, casi tocando la punta de la Catedral pegada al lago. El cielo se había puesto azul plomizo y una brisa circulaba indómita haciendo pequeños remolinos en las bocacalles. El frío era penetrante y la nieve había comenzado a caer. Estaba finalizando el otoño en la ciudad y el tiempo de mansos soles y limpios cielos se estaba despidiendo. El invierno se precipitaba trayendo en su espalda la cruda temporada de gélidos vientos.

Para esta hora, la coqueta ciudad prendía lámparas y daba la bienvenida a los transeúntes que, bajo gruesos abrigos, se desplazaban risueños hacia acogedores bares impregnados de sabores de amargas cervezas y chocolate caliente.

Mientras la ciudad pública, la visitada y celebrada, se acomodaba en el devenir de la tarde esperando la noche con esmero, la ciudad secreta, cerca de donde la tierra se une al cielo, se preparaba para iniciar la lucha de lo clandestino, lo pesado e hiriente, al fragor de las cocinas preparando ollas de sopa para enfrentar la helada oscuridad.

Es que esta ciudad no era una, eran dos. Dos hermanas, que bajo el mismo cielo caminaban indiferentes, sin saberse ni cuidarse.

La opulenta ciudad turística hecha de chocolates y hoteles, hija del desarrollo moderno y el capital sectorizado, crecía segura en medio de elites risueñas, de cómodos encuentros y diversiones nocturnas hechas de hielo ficticio y grandes calderas. La otra, un poco de aquí y de allá, hija bastarda de comunidades indígenas mezcladas con la pobreza que supimos conseguir, compartiendo destinos de indiferencia y ocultamiento. Partecita de ciudad nacida desde el interior profundo de la tierra, explotando en un potente grito que quebró la semilla y germinó convertida en odisea.

Dos ciudades naturalmente escindidas de cargas equilibradas y de conciencia justa, sazoadas con beneficios y adversidades que habilitaban diferencias, atiborrando opulencias en un lado y en el otro desgarrando delgadez. Sobrevivientes y hermanas, no se tomaban de la mano. Una áspera y percutida, otra suave y perfumada. No se veían. Solo reconocían sus siluetas en la sombra.

Y mientras tanto, la nieve caía cubriéndolas completamente de blanco y frío, sin ninguna distinción.

La tarde olía a pan quemado y brasas apagándose. Junto a la brisa helada y también, junto al batir de las alas de los loros que bajaban en vuelo rasante, se escuchaban las olas del lago, rompiendo una y otra vez sobre la playa de piedras grises y frías, en un ritual sereno de amigas conocidas.

Sobre el borde, mojado por las aguas y recortado su perfil por las montañas que abrazan las nieves eternas, en un acto de solemne valentía y con los pies descalzos

una mujer esperaba la llegada del bote de madera, que temprano en la mañana, sin la luz del alba, había penetrado la liquidez inmensa.

Mientras observaba con resignación, el tiempo se hizo silencio y la luna apareció acompañando aquella noche de espera eterna. Las gaviotas ya no estaban en la costa. Los loros habían dejado de volar. Un mudo resoplo de pinos viejos quebrándose, develaba la cercanía de un bosque.

La mujer comenzó a acercarse al agua. El lago tocaba sus pies en cada movimiento pendular de su existencia.

A lo lejos, sobre la superficie del agua iluminada por la luna, en una clara complicidad de reflejos, una luz amarilla parecía por fin flotar. Poco a poco iba acercándose. El sonido ahogado de un motor comenzaba a romper el silencio nocturno. Despacio, con el cansancio de la lucha extrema, el bote regresaba con sus tripulantes. Dos hombres. Dos desconocidos. Dos testigos de ciudades indiferentes.

Durante aquella mañana, los dos hombres se habían internado en el pequeño bote de madera, sin la luz del alba. No llevaban provisiones. El regreso sería inmediato. La consigna era revisar las boyas y el instrumental de investigación que los académicos, venidos de la gran ciudad, habían dejado meses atrás para monitorear la temperatura y el oxígeno del agua. Información valiosa para quien sabe y decididamente interviniente. Espías en aguas patagónicas.

El hombre llegado de lejos llevaba un abrigo de pieles, lentes oscuros y un sombrero de cuero repujado, gastado por el sol y los años. Un pañuelo de seda india en

el cuello y un reloj pulsera de valor incalculable. Sus manos suaves y perfumadas, como la ciudad que habitaba. Subió de un salto, con un brusco movimiento, que dejó la proa casi al descubierto. El bote pintado en color verde esmeralda, asientos blancos y suelo completamente natural, rayado y manchado por el uso del tiempo navegado, logró su máximo equilibrio en las aguas heladas, después de bambolearse por un leve instante. El hombre circunspecto se acomodó en la parte trasera, sentándose algo incómodo y sosteniendo con cuidado femenino su portafolio de negro cuero y hebillas brillantes. Saludó a su compañero de travesía. Un gesto educado y reverente, propio de quien dice no pertenezco a este lugar.

El otro, hombrecillo de pequeña silueta, tez oscura, pelo largo y lacio, esperaba sereno dentro de la embarcación la hora de la partida. El bote era de su propiedad, herencia milenaria de almas enterradas en lo alto de las montañas, ahora todas nevadas. Levantando la mirada, y hundiendo su gorra tejida hasta esconder sus orejas, había divisado al visitante muy temprano acercándose desde lejos con pasos seguros y rápidos, levantando el polvo en el sendero hecho por las cabras blancas del aparcero.

En un segundo lunar, el hombrecillo inmóvil, pensó porqué tendría tanta prisa.

Ya arriba del bote ambos emprendieron el viaje, en dirección hacia donde sale el sol. Motor pequeño fuera de borda y remos preparados para la contingencia.

Mantuvieron silencio durante unos minutos. Luego el hombrecillo, en una expresión de sincera austeridad, convidó al hombre café, servido en una taza azul, de

enlozado picado por la vida larga y el ajeteo de las tantas aventuras viajadas en aquel botecito, que se perdía una y otra vez en la inmensidad del lago.

Pasaron por las boyas y recogieron el instrumental. El hombre calibró cada equipo, anotó en su notebook información precisa y hecho al agua nuevamente las boyas que golpearon con fuerza el espejo tranquilo del lago, salpicando gotas de hielo sobre su regazo. Cerró los ojos y algo murmuró. El silencio entre ambos hombres, los dos, penetraba como un delgado filo, lastimando las diferencias.

Había culminado la tarea. Era hora de volver.

La costa de la ciudad había quedado lejana y desde allí, en mitad del silencio, se podían observar las dos ciudades.

La ciudad baja, al borde del agua, destellaba brillos y mundanos sonidos, comercios abriéndose, coches hacia la escuela, bocinas, señoras maquilladas de refinado andar y cortes de pelo parisino. Grotesca capital de sueños americanos enlazados con el aura del que tiene acceso a casi todo.

La ciudad alta, trepándose sobre las laderas de las montañas, desgarradas por los vacíos que deja el corte de los pinos en una racionalidad nada pensada. Los techos de chapa oxidada, los desagües fluyendo sobre las calles de tierra, en hilos de agua triste que se congelarían en el invierno. Niños corriendo. Niños de la mano de su madre. Niños sin manos para apretar. Niños en silencio.

El bote giró hacia la costa en su deseo de regreso.

El hombre suspiró. El hombrecillo lo miró.

-Así es, Sr. Alex- dijo el hombrecillo corriendo los remos con la bota desgastada - en frente nuestro tenemos al mundo comportándose como sabe- cerró un ojo y frunció la nariz en un gesto de evidente repugnancia señalando las dos ciudades, hermanas desconocidas.

-Ese mundo no sabe; no sabemos Gerónimo. Parece no ser posible comprender con rostro ajeno- dijo el hombre apesadumbrado, bajando la cabeza y dejando ver una culpa interior no asumida.

La mañana había llegado a su fin y el bote aún no corría por el lago. Se había quedado prendado de la charla que los dos hombres iban desenhebrando en un ritual sencillo y con un ritmo lento de palabras perfectamente buscadas para ayudar a la comprensión en las diferencias.

Gerónimo era hijo de un lonko mapuche, líder del lof. Tenía en su haber paces construidas y tierras ganadas. Vestigios de ancestralidad andina, pueblos indígenas de tradiciones conservadas y valoradas. Cúmulo de saberes aferrados a la Ñuke Mapu, tierra de los mapuches en mapudungun. Su bote llevaba a los visitantes por largos paseos, mostraba la maravilla de la naturaleza de su Wall Mapu y enseñaba a cerca de infusiones de yerbas medicinales, fumigaciones y aspersiones mágicas, mientras se escuchaba a lo lejos la percusión de cultrún de la Machi, hablando con el espíritu benefactor.

Académico y doctor en ciencias biológicas, apoderado de una empresa americana radicada en el sur, el Sr. Alex había nacido de un padre juez y una madre pinto-

ra, en la gran capital del país, en un contexto de verdades severas administradas patriarcalmente, entre hermanos exitosos y sumisos, y un romance matriarcal de óleos, pinceles y telas esperando ver la nueva producción, obras de la gran maestra y madre que le enseñó de libertades y más tarde de ataúdes, cuando murió.

Cómo sería la quimera, una propuesta de la imaginación, en la que hombre y hombrecillo pudieran comprender los mundos emocionales que generan las prácticas de los seres con destinos tan diversos. Qué atmosferas de dolor y alegría serían capaces de relatar para mediar en la oscuridad cognitiva del compañero, en este día que comenzó tan temprano.

Compartieron historias de viejos relatos, sentados frente a frente en los improvisados asientos blancos del bote verde esmeralda, donde mapuches surcaban los cielos y podían volar como las aves, en vuelos que desplegaban luces de colores y atraían las ánimas de los aguaceros cuando la sequía sometía a las tierras altas. Sin moverse de sus frágiles asientos, en un concentrado viaje hacia los recuerdos, transitaron por grandes salones calentados por el fuego de una bella hoguera, donde ardían abedules y alerces, y de donde salían exquisitos aromas de sabrosas comidas intervenidas por copas de elegantes vinos en un chalet de tejas coloniales. Fantasías de la vida se escucharon en los relatos, convidados con maestría extrema y cuidado profundo, dejando entrever el compromiso por sostener la historia mostrando múltiples escenas cinematográficas y la sana intención de enseñar al compañero, que viajaba en el bote aquel día, la ciudad que cada cual habitaba. La

ciudad alta. La ciudad baja.

En medio de esta comunicación tan certera e iluminada, pasado por mucho el mediodía, el motor apagado y los remos al costado, los hombres descansaron su cansancio. Asumieron los destinos de fuego y agua, cuando niños nacieron bajo las bendiciones de un dios del cielo que bautizaba hundiendo los cuerpos en el lago o bajo los hechizos de los espíritus convocados en el fuego amoroso de una hoguera comunitaria.

Todo un ciclo de vida para comprender. El sol naciendo y muriendo, trayectoria del dios de pueblos andinos. La luna iluminando la noche oscura sobre el lago.

Ahora sí, era momento de regresar.

El bote llegó a la orilla, raspó su fondo contra las piedras y las olas lo mecieron como una madre. El silencio nocturno celebró el final del viaje.

El hombrecillo saltó al agua y empujó el bote hasta la playa, donde quedó encaillado y con audacia resistiendo. Extendió su mano áspera en un gesto maravilloso de fraternidad inocente y tomó la del hombre que, apoyado y seguro en la tibieza mapuche, otra vez saltaba dejando la proa al descubierto del pequeño bote ahora inclinado.

La mujer abrazó al hombrecillo y lo rodeó con guirnaldas hechas de flores. Saludó al hombre con un leve movimiento hacia abajo de la cabeza. Expresión suficiente para honrar al visitante sin ningún reclamo de tiempo extendido.

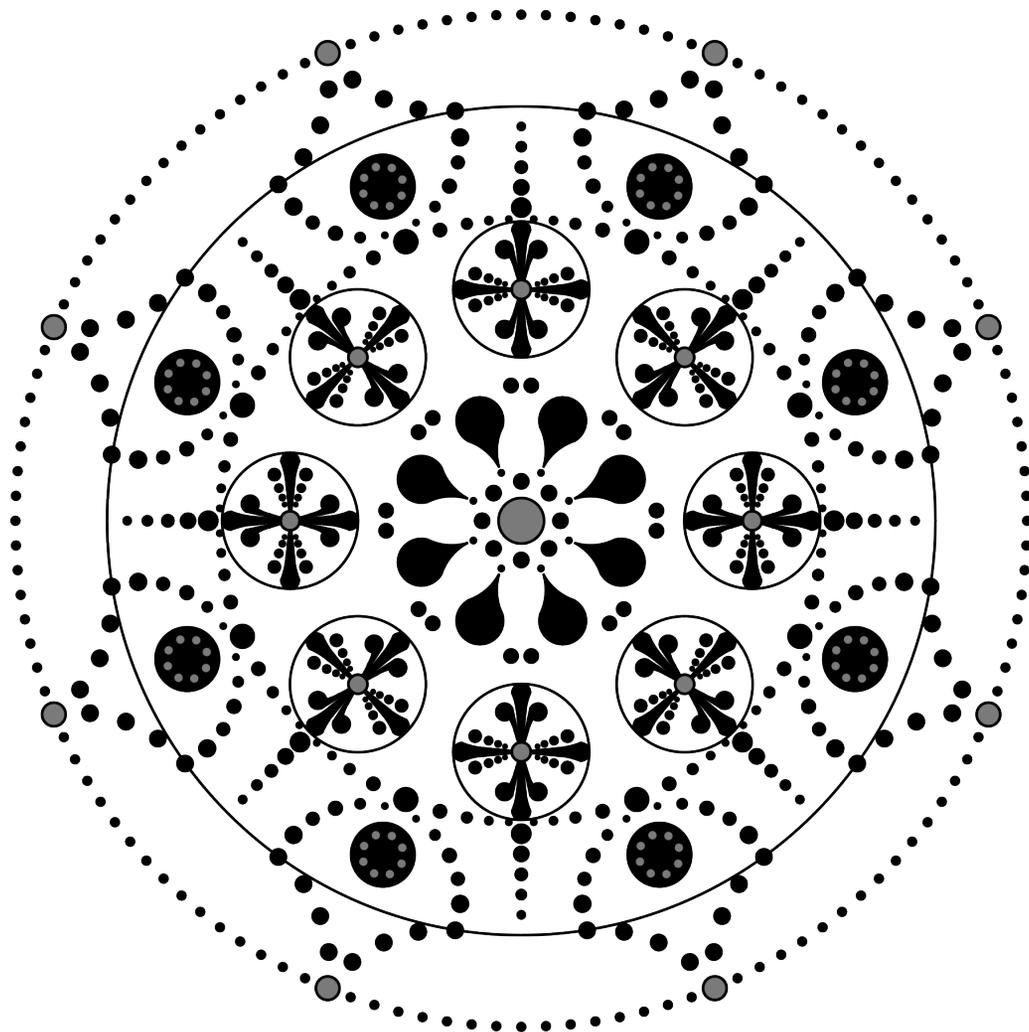
Fin del viaje.

Las dos ciudades hermanas acogieron a sus hombres. Uno acompañado por la mujer amante, otro acompañado por el portafolio de cuero negro y hebillas doradas.

Cualquier tarde de estas, pasado este largo día, se escuchará el cultrún de la Machi llamando a los espíritus para pintar, en la cima de esta audacia, la historia de la conquista hecha ciudad. Ciudades hermanas

A la Patagonia eterna.

Parte II - CUERPO



AMAR TRAE DE REGRESO

No era la primera noche que el viento soplaba desde el sur. La montaña lo atraía como un imán. Cuando nada encontraba a su paso corría con fuerza de león, rugiendo feroz con un sonido gutural, ronco y estremecedor.

Las ventanas de la pequeña cabaña de madera crujían lamentando tanta fuerza. Se oponían a sus golpes generando gigantescas luchas entre cerrar y abrir. Hasta que cedían. Entonces, pasaba el viento mirándolas quebrarse y caer sus vidrios cansados al suelo. A veces era amigo, pero en esta ocasión se presentaba con la luz apagada de la luna. Se filtraba entre las hendidias y cada tronco silbaba sus quejidos.

En el interior, el fuego del hogar se revolcaba con inmensa tensión. Desde lo alto de la chimenea la succión alargaba la llama y la hacía parecer un enorme demonio enfurecido.

Las chapas del viejo techo habían soltado sus amarres y ahora repiqueteaban contra las robustas vigas que, desarmadas una a una, habían llegado desde los andenes de la antigua estación de ferrocarril inglés, hoy en desuso, en este pueblo de montaña casi muerto.

Afuera los árboles se contorneaban con estremecedores ruidos de palo roto, una y mil veces, chocando entre sí cayendo sobre la tierra, haciendo temblar el aire

repleto de neblina polvorienta.

Esta noche no era extraña.

Muchas veces el viento llegaba de esta manera. Esta noche, aun no siendo extraña, no era querida. Provocaba. Generaba una atmósfera de rituales violentos y alertaba la vida. La vida frente a la muerte. Miedo.

Sentado en el sillón de cuero repujado, con los ojos cerrados detrás de sus pequeños lentes, el viejo rezaba a la virgen morena de los cerros. Un rezo de alabanza. Una comunicación inspiradora. Una conversación de amigos, que han tenido muchas charlas, pregonando la confianza eterna y la idea de almas salvadas.

Este viento no acababa.

Empujaba sin clemencia y hacía sentir a la vida solo una partecita. ¿Cuándo iba a parar este viento? ¿Es que acaso la virgen morena no estaba escuchando esta noche las plegarias del hombre bueno? Sus puños estaban cerrados y su corazón latiendo fuerte. No había nada más en esta noche de ruiseñores en silencio.

En ese silencio profundo de ruiseñores, una estrella cayó.

Se la vio a través de la cerradura de la puerta de madera de la cabaña envejecida. Puerta hecha también de vigas de aquel ferrocarril inglés en desuso. Vigas no robadas. Sólo recuperadas. Una acción de justicia pos colonial que significó honrar la madera, reciclar la viga que antes fuera bosque nativo, hoy convertida obligadamente en puerta. Puerta de madera de una cabaña envejecida. Rindiendo honor a ese bosque.

La luz fugas de la estrella, trajo al aparecido.

Debajo de la galería orientada hacia el norte, cobijando añoranza de sol y quietud, una sombra de niño se recortó en la noche. De pie, su cuerpo flaco relajado, sus largos brazos colgados a los costados rematando en unas manos fuertes de niño explorador, sonreía. Su sonrisa era muda y mostraba en la simpleza la armonía gigante de la inocencia querida. Sus dientes eran blancos y en la oscuridad de la noche brillaban iluminando su llegada. Desde allí, miró por entre las hendijas de los troncos, poniendo de lado su cabeza, identificando con ese gesto la bondad del hombre, que rezaba a la virgen morena en ese mismo momento. Pues sí. Lo había escuchado. Ella estaba ahí. Ella era el niño.

El aparecido era un pequeño niño de tez morena y ojos verde azulados, escondidos bajo un largo mechón de pelo oscuro que se movía con el viento, esperando en la galería orientada al norte de la cabaña, esa noche de sobrevivientes.

El viejo se acercó a la puerta y se agachó despacito, observó por la cerradura de la gran puerta de madera de la cabaña envejecida la sombra que se recortaba a través del pequeño agujerito. Allí estaba el niño sonriente que, con ternura celestial, aliviaba el corazón galopante del hombre.

La puerta se abrió y el niño entró.

Todo sucedía en aquella noche de viento que reventaba la tierra y volvía demonios a las llamas del fuego. Detrás de él, con parsimonioso andar, un perro ladero se asomó. El aparecido venía acompañado. Venía a acompañar. Y traía un amigo de

antaño.

Se detenía el viento.

El hombre de los muchos años quedó inmóvil frente a su visión. No pudo abrazar al niño porque entre sus brazos se filtró como fantasma el ser salvaje y peludo de negritud renegrida. Manchas de fuego sobre sus ojos y sobre sus fuertes mandíbulas. Un olor notable a recién nacido que toma la leche de su madre perra. Llevaba un collar verde, símbolo de pertenencia, de amor de amo, de amigos para siempre. Rodaban enormes cascadas de cientos de lágrimas por su cara, pegadas a su cuello y más allá en su pecho, hasta atravesar su raída camisa, amarilla de años y rota por desdén. Las quitaba esperando que secaran, pero aquello no pasaba. Sus ojos lloraban el llanto de la vida toda ahora recordada. Tomó suavemente la cabeza del perro con sus dos manos y cayó de rodillas sobre la alfombra de telar andino que honraba el estar, en esta noche de aparecidos. No comprendía el tiempo que pasaba ni percibía el espacio. Solo sentía su corazón amando.

El perro era verdadero y estaba volviendo. Tiempo atrás lo habían guardado en una urnita, a sus poquitos restos hechos cenizas, bajo la sombra de un pequeño roble. En esta noche el can regresaba y se volvía leyenda para siempre.

Ya dentro de la cabaña el niño dejó caer un cencerro sobre un canasto; un canasto enorme hecho amorosamente de raíces y ramas retorcidas de manglares, faena de artesanos sabios de profundas arrugas y animados relatos de hechiceras y duendes; el cencerro sonó en el vacío hasta que cesó su tintineo cuando, al tocar el

alambre que lo arriostraba a la puerta de madera de la cabaña envejecida, detuvo su movimiento pendular.

El viejo seguía abrazando al perro, cuyo pelaje renegrado prometía escondites en la sombra.

El niño se acercó seguro y le tomó la mano al hombre bueno, que yacía aún de rodillas sobre el tapiz de telar andino de vivos colores, llorando. Empujó con anhelo su brazo y logró poner de pie la enorme vejez desde los tiempos de médico, cuando llegaban a visitarlo otros niños a curar sus dolencias. Días de febriles labores cuando los corazones adoraban al hombre del saber curandero, que había salido de la universidad tan civilizada. Médico viejo. Niño aparecido. Perro de regreso.

La noche seguía viviendo con la serenidad de la batalla ganada. El viento enrarecido se convirtió en brisa del poniente y, junto a los búhos nocturnos que comenzaban a llegar, acariciaba ahora la montaña amiga.

Las ventanas hicieron silencio y sólo un ligero cantar quedó apagando el temporal que movilizó aquella noche toda la oscura tierra, como lo hace la tempestad en el mar, cuando las olas rompen en el aire trayendo la borrasca. Ya el viento no se escuchaba. Solo el rechinar del fuego ahora mudando a brasas azules perezosas, despidiéndose.

El niño de grandes ojos redondos ahora miraba el fuego y sus pupilas se encendían en cada reflejo de eternas llamaradas valientes. Valientes. Valiente. Siempre sonriendo volvió a acercarse al hombre bueno de pequeño ojos celestes y mirada

cansada. El niño pudo sentir el soplo de vida de puro amor y nadando en su recuerdo, lo observó junto a él, velando su sueño en otro territorio, en otro tiempo, pero en una noche como esta. Lo abrazó en un abrazo eterno.

El tiempo había tallado un rostro noble logrando perpetuar los serenos afectos y amores recibidos. Cada línea que se hundía en la frente era la señal de la ancianidad hecha luz que cobijaba seguridades de una vida hecha de cientos, miles y millones de besos, de manitas pequeñas abrazando su cuello en el gesto de gratitud perpetua que se tiene a los dioses. Los niños adoraban al viejo médico. Su energía potente los mecía en su lecho de enfermos en noches de llanto. Su saber académico había sido reemplazado por una alquimia amorosa recogida en noches de viento, como la que ya había pasado, pero que seguro volvería.

La luna iluminó el cielo.

Luces de sombras y oscuridades brillantes comenzaron a dibujarse en el afuera clandestino, que ahora recogía ramas caídas amontonándolas sobre el pozo de piedra que juntaba agua; vuelos nocturnos de teros y otros aparecidos que esta noche venían a acompañar.

Sentados en el telar de urdiembre antigua, hecha de otros palos rescatados y enhebrados por manos ásperas de mujeres tejedoras, niño, viejo y perro hablaron en silencio. Paz de los verbos que se hacen lengua desconocida. Conexión de magias nacidas en la noche de viento que empujó la vida y la sentó entera sobre el tejido andino. El Valiente niño otra vez miró al viejo y en lengua desconocida, con ar-

moniosa mirada, dejó volar su mensaje, el que había traído hoy, junto a su peludo compañero.

Te he venido a acompañar- el niño mensajero de ojos verde azulados y el mechón de pelo oscuro sobre la frente, que ya no volaba porque había parado el viento, cerró y abrió sus ojos, se apagó la luz de la sala y se volvió a encender y siguió- la virgen morena me dijo que te viniera a explicar que los bordes no son el final del camino, que desde ellos se puede ver lo que está afuera y es justo la línea que puedes borrar con tus manos que curaron y que hoy pueden escribir libertad.

El perro se acurrucó en la falda del viejo y recibió el abrazo para siempre. El niño mensajero siguió sonriendo aquella risa del alma. La noche de viento trajo a los aparecidos que regresaron por amor.

A los valientes.

NO HAY NADIE AQUÍ

- No hay nadie aquí.

Una voz clara y sonora, desde el interior del cementerio, se escuchó aquella tarde de invierno, entre la penumbra del sol escondiéndose detrás de los cerros y la llovizna extraña para esas tierras. Junto al portal pequeño del ingreso, un niño se asomaba y golpeando sus manos, avisaba que estaba allí, esperando.

Los Andes son la tierra alta más enigmática del planeta. Se recortan sobre ella siglos de historias y leyendas. Pueblos indígenas. Animales desaparecidos. Dinosaurios. Culturas enterradas. Glaciares milenarios. Y la promesa de los cantos al dios sol, Inti, y a la diosa luna, Mama Quilla. Presencia de lo inesperado, lo místico, lo profundo. Cerros nuevos de miles de años, imperfectos golpeando el cielo, abriéndose paso con estallidos de colores ocres, negros y verdes amarillos, penetrando el turquesa del aire, arriba y más allá.

Cementerios en medio de los cerros. Vestigios de la herencia recibida. Mezcla consagrada de auténticos rituales incas y entierros religiosos de la madre iglesia. Virgen morena y cóndores de plata. Entonces descansan los muertitos con flores de papel de colores y otras más modernas de plásticos. Rosas siempre rosas con tallitos de inesperado verde esmeralda. Prácticas de ahora y de antes, entrelazadas

en una extraña proeza que el viento no pudo esconder en sus millones de granitos de arena, depositados sobre los planos escarpados de las montañas, ardiendo al sol en la cima de América.

-No hay nadie aquí.

El niño insistió, colocó su mano pequeña sobre la aldaba y llamó ahora con un golpe valiente. Había escuchado que no había nadie, pero muy a su pesar, no entendía cómo no había nadie, y si es que Nadie no era Alguien.

Nunca llovía por aquellas tierras. Las lloviznas solían llegar unidas a la neblina de la madrugada, pero al mediodía dejaba claros los cielos y el sol andino se regeneraba una y otra vez. Sin embargo, ese día se declaraba en rebeldía. La neblina no abandonaría el cementerio.

Aquella tarde el niño había salido dispuesto a encontrarse con quien le escribía a diario, sobre una hojita de papel amarillo que dejaba sobre su ventana protegida por una piedra de color azul Francia. La hojita era la espera de todas las mañanas. Nadie o Alguien le contaba historias de pájaros bellos que surcaban los cielos, de estrellas que en la noche dibujaban sonrisas, de animales gigantes que vivieron en el jurásico y de cabras trepadoras que bailaban, entre las piedras de los riscos, las mejores canciones hechas de silencio.

Día tras día el niño despertaba y corría hacia su ventana. Vieja ventana de palo resquebrajado que vio centenares de niños durmiendo en noches serenas, esperando encontrar la hojita de papel amarillo, protegida por la piedra de color azul

Francia, al despertar en la mañana con una nueva historia contada.

Esa mañana no fue todo igual. Al despertar el niño reclamó su historia. Su ventana estaba abierta, la piedra azul Francia descansaba sobre un montoncito de cenizas, al pie de la ventana de palo resquebrajado. No había nota. No había papel amarillo. Esa mañana no había una nueva historia.

El niño quedó pensativo. El papel amarillo del día anterior tenía el relato de la mujer de pelo largo brillante que, subida al caballo blanco, trepaba a diario la cima del primer cerro para saludar a los muertitos, que descansaban en paz, en el maravilloso cementerio en medio de los Andes. Ese lleno de flores de papel y de plástico, de colores rosa y tallitos de verde esmeralda. Ese.

La mañana de aquel día, como todas las mañanas, había llegado con la neblina que se levantaría luego, pasando el mediodía, cuando el sol alcanzara su punto más alto y corriera, con sus rayos, la espesa blancura de las nubecillas de agua. Pero aquel día la niebla no se disipó y mojó la tierra hasta la tarde y limpió las flores de plástico del cementerio y desvencijó las de papel.

El niño había buscado el papel amarillo de las historias mágicas que a diario le llegaban escritas por quien sabe, Nadie o Alguien. Pero no había papel amarillo. Estaba solo la piedra azul Francia. La tomó entre sus manitos. Estaba caliente. Las cenizas que abrazaban la piedra comenzaron a flotar, en un aire extraño que mezclado con la neblina abrieron un túnel. El niño comenzó a caminar a través de él y la piedra se encendió. Hacía frío, el sol no calentaba detrás de la neblina

que ese día no se había levantado y el niño caminó por el túnel abierto, dejando a su paso un halo hecho de cenizas, iluminado por la piedra color azul Francia. Subiendo por la ladera del cerro alto de la virgen morena y el cóndor de plata, el niño caminó directo hasta el cementerio.

Pedacitos de cruz y cacharros de barro enmohecidos y quebrados, restos de chicha y pisco, con centenares de chasqui mal venido, lápidas de adobitos todas mirando hacia la puerta que daba al poniente, pendiendo de ellas las flores, hoy limpias por la llovizna que se quedó inmutable en aquel día largo. Cementerio de aparecidos, de hechiceras de lunas llenas y de sombras escondiéndose. Dinámica maraña de seres espectrales que alardean amigables una vida ya eterna.

-No hay nadie aquí.

La aldaba en forma de león, o tal vez de cabeza de dios sol, dejó en su golpe una pequeña reverberación. Ecos en la tarde gris del invierno entrado. El niño estaba allí y seguía esperando.

Movió el niño el cerrojo y la puerta de sólida madera, que anticipaba el portal, se abrió sola. El peso de la tranquera y el poste hundido con las bisagras oxidadas daban la mágica idea de una entrada controlada por centinelas de colores apostados, que con una reverencia celebraban la llegada de cada visitante.

Es que el cementerio no era solo lugar de muertos, era también de peregrinaciones llevando en andas al Cristo crucificado o de murgas andinas que, al sonar de marimbas, hacían aparecer al diablo de los carnavales. Y en medio de aquello conver-

tido en fiesta, la vida se escapaba en cada ataúd que entraba a la tierra.

El niño caminó hacia adentro. Sostenía la pequeña piedra de color azul Francia iluminada. Su paso levantaba el polvo de la ceniza que lo acompañaba mostrando el camino hecho a pie, desde la ventana vieja de palo resquebrajado de su habitación hasta aquel cementerio dispuesto a conversar. Había dejado su casa. Estaba en el cementerio y la niebla lo envolvía en un manto húmedo de somnolencias buenas.

-No hay nadie aquí.

En el fondo, detrás del menhir sagrado, otrora convertido en vida eterna para mártires, un grupo de figuras humanas rezaban cantando alabanzas al cielo. En una ronda de continuo ciclo, se movían suaves meciendo sus cuerpos. Un incesante murmullo de palos de lluvia atravesaba el cementerio arrullando a un gigante dormido en dulces y milenarios sueños. El niño ya lo estaba viendo. Un dinosaurio de piel escamosa, patas enormes y suaves, dormía en medio de aquellos cuerpos que danzaban.

La noche estaba calando el misterioso encuentro. Dinosaurio aparecido, hoy durmiendo su siesta a la luz de las estrellas que dibujaban sonrisas en el cielo. Y las cabras de blanca estampa, con sus ojos de pupilas rectangulares, bajaban bailando por los riscos en un majestuoso silencio. Y las historias del papel amarillo ahora eran verdaderas, se hacían reales y cobraban vida. Una a una, el niño podía mirarlas, escucharlas, tocarlas y olerlas.

La niebla se había marchado. La luna estaba ya en el cielo. Y mientras las estrellas sonreían, el dinosaurio despertaba de su largo sueño y miraba al niño como a un entrañable amigo.

Detrás del menhir sagrado, bajo un brillante resplandor de paz, la mujer de pelo largo y brillante, montada en su caballo blanco, apareció. Se acercó al niño, que con ojos cómplices la miraba, y extendiendo su mano de largos dedos le entregó un papel amarillo. El niño tomó el papel y observó que no había historia escrita, ningún nuevo texto.

-No hay nada aquí.

-Esa es la historia querido niño, te toca a vos escribirla. La has soñado.

Ahora hay una nueva historia escrita en papel amarillo que otro niño leerá cuando, protegida por una piedra de color azul Francia sobre una ventana de palo resquebrajado, una mujer de pelo largo y brillante montada en un caballo blanco y acompañada por un niño, la deje para comenzar a contar otro cuento.

Se apagó la luz y se escuchó bajito, buenas noches abuela. Dulces sueños querido niño mío.

A los que sueñan con dinosaurios.

ENTRAÑABLE ABUELO

Las hojas secas de la bignonia dejaban al descubierto un pequeño hornero, señalando la llegada del invierno en una siesta gris. El frío y la sequía habían quebrado toda intención de verdor en el jardín. El aroma a leños quemados se hacía presente en el aire.

El niño miraba con cuidadosa paciencia a su mamá que, moviéndose ágil entre ollas y cucharas de madera, hacía un delicioso guiso y empanadas para celebrar la llegada del abuelo al pueblo.

Hachero de oficio y honesto de cuna, el hombre de pequeños ojos azules y mirada calma, estaba de regreso. El largo viaje al interior de las islas había finalizado y el viejo volvía, al fin, a casa.

Eran tiempos de incertidumbre. El mundo estaba alborotado. La esperanza parecía haberse esfumado con las últimas noticias y quedaba sola, arrumbada y casi apagándose, bajo la cansina luz amarilla del farol de la plaza.

El pequeño pueblo, a orillas del río, estaba desde largo tiempo detenido. Los comentarios que llegaban con el tren de la mañana, habían dejado un sabor amargo. El pueblo se enfrentaba a la soledad de una década transcurrida en el silencio de las pérdidas y continuaría en esa misma situación por otro tiempo más. Neblinas

de angustia habían envuelto la vida de este pueblo, nacido al borde del río.

Pero el abuelo traía lo que se necesitaba. Su sonrisa, su cariñoso abrazo y su energía profunda que convidaba vida. Vida. Con ese convite no se podía esperar otra cosa que contagiarse de alegría.

Y allí estaban, mamá e hijo, celebrando la ocasión. Desde un año atrás pensaban en el bienvenido. Nada mejor que comenzar mucho antes con las celebraciones, pues los festejos se hacen así eternos.

El abuelo, viejo amigo de todos, ya se acercaba caminando por el sendero de tierra quebrada con su sonrisa buena y sus manos grandes, dando un abrazo a quienes se acercaban para saludar, rozando con su áspera palma las frentes que bendecía mientras empujaba suavemente su cansado bolso de arpillera colgado en su espalda. Un chambergo de paja suelta cubría su cabeza generando una sombra sobre su frente aguda, protegiendo sus amorosas arrugas y escondiendo sus prolongadas canas. La música le explotaba en el alma como una alabanza interna y su cantar era testimonio de quien no se rinde y con valentía despide a la queja.

Las sombras esquivas se alejaban ante esta vieja euforia nacida sobre los hombros del abuelo entrañable. Abuelo del niño. Abuelo del pueblo. Abuelo mío. Llegó a casa.

No sé cómo termina esta historia. No se cómo comenzó tampoco. Solo quise traer esta imagen de abuelo de los caminos, del tiempo olvidado que nace alegría.

Abuelo de mis hijas. Abuelo de mi nieto. Fuerte semblanza de un hombre inspi-

rador, que nació abuelo bajo el abrigo de una vida hecha de familia y esperanza. Puedo terminar diciendo que el abuelo, al llegar a su casa, después de saludar al pueblo, abrazar a su hija, besar a su nieto, acogió la vida con sus largos brazos. En ese instante, se iluminó la casa, y se escuchó música y cantares de recuerdos lejanos, enlazados a tierras y pueblos grandes forjados en el honor del desafío y la resistencia.

Y tanto se iluminó la casa que alumbró la plaza y al farol de cansina luz amarilla.

Y por un instante, descansó su soledad la luz del abuelo.

Y el pueblo sobrevivió mil años más.

A los abuelos de los cuentos.

EL LEGADO ETERNO

Era un día de sol en el invierno del 2010.

Mientras bajaba el ataúd en silencio, con armonioso juego de roldanas, las sogas se estiraban en un agudo adiós bajo la tierra. La gente se había acercado para acompañar a la familia. Entre lágrimas y risas, una canción cantada al unísono se escuchó ese mediodía. Las hijas del hombre muerto, recordaban a su padre con una singular alegría convertida en una infantil celebración, que parecía alentar otro momento.

En la falsa pradera hecha cementerio, se había abierto una fosa que casi permitía ver el magma terrestre, en un ardid de escondite secreto hecho de esfuerzos de trabajadores con palas. Tocó fondo el ataúd y las sogas se soltaron, regresando violentamente hacia arriba, dando un golpe en el aire que aturdió a los presentes. Brutal despedida la de las sogas.

Flaco y con enfermo semblante el muerto había vivido sus últimos años. Personaje profundo, de mirada errante y suaves gestos de luchas agazapadas. Hombre casi milenarior de encendidos discursos y emblemática justicia humana. Su vida había sido de gigantes, sembrando cuidadosamente semillas en la profundidad de la tierra, protegidas por relatos de inmensa castidad y rebeldía. Sabía llevar a cabo

discusiones con templanza y rezar alabanzas con humilde malestar. La vida lo había empujado a heroicas acciones y su mirada había visto el sol que ilumina la saga en defensa de los oprimidos. El hombre viejo, que ya no estaba, era palabra y era camino. Camino largo y ancho que abrazaba amorosamente a quienes se perdían andando en él.

El día del entierro se sentía claro y limpio. Mañana fresca como después de la lluvia que proponía un viaje hacia tierra desconocida de paces o hacia un cielo de amor para los buenos. Así sería este viaje hacia la muerte para el hombre viejo.

Mientras el ritual del cementerio transcurría, se filtró una silueta de una mujer joven entre la multitud. Nadie la advirtió. Ella velaba al difunto recordando sus memorables encuentros en aquellas mañanas largas de entrañables conversaciones, en una habitación minúscula y maloliente de una casita prefabricada construida en medio de un pueblito, donde los vecinos se sentían cuidados por la figura del protector, que hoy estaba muerto.

La joven mujer, que había llegado a velar al difunto, se acercó a la viuda y con un gesto de inmenso amor, la besó y la rodeó en un abrazo eterno. Se miraron sin mediar palabras, cómplices en la fortuna de haber conocido al viejo muerto, entendiendo que desde aquel momento se iniciaba una nueva historia que sería contada como una epopeya.

Cuarenta años antes de ese día en el cementerio, transcurría el año 1970.

En medio del pueblito y desde la habitación maloliente de la casa prefabricada, se

escuchaba a lo lejos el sonido estridente de unas máquinas en el taller y los sabios operarios manejándolas. Se escuchaba también el repiquetear de la campana llamando desde la plaza, aquella que estaba en el centro del pequeño pueblo hecho de casas prefabricadas, bajo la vejez del cansado gomero que echaba sombras largas y robustas.

El olor a café de mala muerte y a tortas fritas, hechas en aceite rancio, corría entre las callecitas y la mañana comenzaba con charlas y reflexiones que no permitirían pasar por alto la violencia ni el desprecio. Había frágiles y vulnerados, de eso se iba a hablar cada mañana. En aquel entonces el viejo muerto, era joven, idealista y convidaba su fabulosa energía a los más novatos, que lo escuchaban comiendo tortas fritas y bebiendo el café, como un elixir del cielo.

Cielo que no abandonaba al dios imperfecto, al cual le rezaban a escondidas o en silencio. Comunistas o religiosos, todos reunidos en la plaza, desde algún espacio militante abrazando a Dios o Marx se insertaban, dispuestos a construir la magia que imponía otra forma de habitar la vida, en un materialismo sensible de casitas prefabricadas en medio de un pequeño y pobre pueblo. Un colectivo hecho de compromisos y valiosas asimetrías, construidas deliberadamente para evocar la diversidad bien entendida, como un collar de perlas grandes y pequeñas, suaves y ásperas, claras y oscuras. Definitivamente un collar de no perlas.

Quince años antes del día del entierro, transcurría el 1995.

Amado y odiado, el viejo muerto, pero para aquel entonces vivo, saludaba a la jo-

ven mujer infiltrada en el cementerio cuando lo enterraban, dándole la bienvenida al grupo apoyado en la Biblia y El capital.

Acercándose por el oscuro y despintado pasillo de la casita prefabricada, en una caminar lento buscando el equilibrio, apareció el hombre viejo extendiendo su largo brazo, abriendo la mano huesuda adornada por un enorme anillo de plata peruana envejecida con la imagen de un cristo no reconocido, apretó la fina mano de la mujer en un saludo festivo.

Ese apretón suave de manos declaró el hechizo.

Un esqueleto andando, pensó la joven impresionada. Camisa a cuadros azules y rojos, un pantalón ancho de color marrón, ceñido por un cinturón desgastado que no permitiría que el pantalón callera rodando por sus largas piernas. Una sombra de extrema delgadez. Una sonrisa franca, visiblemente amorosa y una mirada experta escudriñando a la recién llegada, sintonizando su sensible inteligencia. Don Quijote y su caballo Rocinante, listo para defender su utópica travesía, fue la imagen que la mujer de corta edad se hizo de inmediato al verlo.

Se habían encontrado al fin. Era el destino.

Cuarenta años de diferencia. El hombre viejo había nacido en el año 1927, la mujer joven en 1967. Una espera casi cósmica, pero allí estaban, frente a frente, esperando a los planetas alinearse y permitir esta transmutación inspiradora.

Para entonces, cada mañana temprano, una voz solemne y ronca, preguntaba –
¿Estas allí?

Así, sencillo. Un despertar a diario de enormes conversaciones hechas con fervientes creencias y racionales sosiegos. Maestro viejo y joven discípula unidos en una aventura dialéctica experimentando el choque de vacíos que se llenaban, en cada brote argumentativo, de palabra y pensamiento. La vida, la muerte, la justicia y la injusticia. La política, la tecnología y la pobreza. Las aves en el cielo, la pintura de su madre, las estructuras de su padre, los oleos y las reglas de cálculo. El país, la arquitectura, la universidad pública y la privada, las compañías que no acompañan. La tristeza, la alegría, la ira y la lucha. Recorridos longevos por laberintos profundos de contradicciones y encrucijadas. Nostalgia pura del antiguo relato. Recientes desafíos y armonioso renacer. La vida nueva llena de entusiasmo y la vida cansada con oportuna energía. Todo rodaba sobre el viejo escritorio de madera, en la pequeña habitación devenida en sucucho maloliente, donde la charla entusiasta movilizaba a las hormigas que, en infinitas filas, salían de los revoques de la casita prefabricada. El nido de hornero vacío sobre la ventana de hormigón y miles de mariposas en la primavera, danzando sobre las lavandas que enmarcaban el antepecho de un antiguo aljibe debajo del gomero ya podado y venido a menos, eran testigos que esperaban al borde de la plaza del pueblito de casas prefabricadas, el diálogo matutino.

El tiempo pasaba acelerado y volvía ancianos a todos los huertos.

En esa mañana fresca y clara en el cementerio, cuando se enterraba al viejo muerto, las hojas habían caído amarillas muchas veces y los pasillos oscuros de la casita

prefabricada se habían pintado una y otra vez. El legado eterno, que transitó la lucha y el compromiso por la defensa de los frágiles, se desarmó el día de la muerte del viejo y se quedó estático en un manojito de pétalos de flores, que quedaron en un cuenco de cerámica negra llena de agua, amasada por las manos de mujeres alfareras del norte andino que, en algún leve y cansino viaje, el hombre viejo y ese día muerto, había comprado. El cuenco quedó allí, hasta que el agua se secó y los pétalos arrugados perdieron su esplendor. Nadie lo notó. Había muerto el difunto, tal vez también el legado.

La mujer joven, cuando se fue, lo llevó hecho escritorio de madera para cuidarlo. Sobre una de las paredes de la pequeña habitación maloliente, donde a diario se habían escuchado las conversas, una biblioteca con libros gastados, amarillos y cubiertos de polvo murmuraba silencios. Entre los libros un crucifijo vacío, con un Cristo desclavado, conservaba gotas de sangre seca pintadas con oleos maravillosos que aún brillaban cuando los alumbraba el sol que entraba por la ventana. Un telar de urdiembre antigua, cuyos colores se había malogrado con la entrada del mismo sol por la tarde, servía de hogar para una araña delgada que, con maestría, tejía sus telas en un alarde inusitado que competía con el tejido descolorido, esperando. El olor de las tortas fritas y el aceite rancio, el café de mala muerte y el sonido de la campana no formaban parte de la nueva historia, escrita sin el viejo. Y la mujer joven ya no estaba. Un impenetrable pensamiento indiscutible había causado el destierro. Uno muerto. Otra exiliada. Ya no quedaban en la plaza ni el

aljibe ni el gomero y tampoco las lavandas.

Las máquinas en el taller no sonaban estridentes. Sólo sonaban. La llama se había extinguido y la leyenda se había apagado. El tiempo, como un soplo de vida robada, había logrado aislar lo bendito, aquellos comunistas religiosos confundidos ya no estaban. No cabía ni una sola historia.

Año 2053.

Ha pasado mucho tiempo, desde aquel día en el cementerio donde el hombre viejo depositaba su muerte. Las personas mueren. Los legados no, sólo duermen sueños aletargados y regresan lentamente para iluminar una nueva hazaña.

La vieja historia se ha convertido en un relato de promesas y rituales de hechicera. La valiente ya no joven mujer, ha desovillado los hilos de la urdiembre, hecha de madera con aroma a bosque nativo, que tejió el telar andino donde anidó antes la araña. Un nuevo telar cubre ahora el piso de la habitación maloliente en el sucucho de las conversaciones profanas.

Otras luces iluminan la plaza celebrando la llegada de la mujer envejecida, que arrastra aún el viejo escritorio de madera, donde a diario se apoyaron las palabras, con hormigas, horneros, mariposas y lavandas de testigos.

Los curiosos la esperan. La magia detiene los segundos, como aquel día en que el viejo estrechó suavemente la mano de la joven. Los frágiles que cuidó el viejo con esmero religioso y con el dios silbando bajo, regresan vestidos de reyes y mendigos agitando aplausos. Se ponen de pie, llorando la vida de un legado salvado con el

honor de la heroína.

La mujer, ahora vieja, recibe a su muerte y abandona cariñosamente el escritorio en medio de la plaza.

A los que inspiran.

SOMOS DOS

Hoy. Pasó la tarde. Sobre el perfil de las sierras oscuras y lejanas, al oeste del planeta, se escondió el sol dejando fuego en el cielo, borde profundo que luego se convirtió en calle encendida por luces de mercurio. Se escuchó un perro aullar. Algo en aquella calle se movía. Su sombra había roto la aparente serenidad. Era solo un perro.

Mirando por la ventana ella pensaba en el pasado. La historia. Lo que queda cuando el tiempo dibuja las vidas. Recordó sus amigos, su casa, sus juguetes y su familia.

Buceó en su mundo y allá lejos, encontró la razón por la cual hoy estaba pariendo este relato. Nada olvidó al recordar. El viaje de la vida estaba frente a ella. No dejó de lado nada. Sin ánimo de seleccionar, no se detuvo y explotó en memoria y cuento. Este, que ahora escribo yo.

Ella y el silencio abrumador. Costes de una vida elegida para otros. Sembrando siempre. Cosechando a veces. La voz profunda del alma reprimida para dar paso a las luces de otros. Esfuerzo hecho hilachas al final de este día. De esta tarde que pasó y se convirtió en noche rescatada por la otra, que se parece tanto a mí. Nos conocíamos ya. Éramos dos en una sola. Aquí estábamos.

Era un árbol bello con espinas. Magnífico. Doloroso. La semejanza más exacta a ella, era yo.

Mujeres que se conocían, se hablaban frente al espejo. Era ella y era yo.

La niñez fue extraordinaria. Recuerdo firme de la casa. Llena de familia. Campamentos. Atardeceres bajo el cielo de mares justos. Compañeros y amigos de ratos. Cantaba ella y cantaba yo. Ella esperaba escondida, mirando para escapar. Siempre un poco aquí y un poco allá. Con el gesto de la confianza quebrada. Por las dudas algo resultara mal, la salida ya estaba planeada. Para ello se aseguraba señalar la puerta. Eran dos mujeres niñas que se cuidaban. Coexistían. Se salvaban.

La casa paterna de dos plantas llena de sombras en el calor del verano. Fresca y limpia. Pisos de parqué, escalera de mármol y un enorme e iluminado hall de invierno que un día se llenó de pinturas ocre de su madre. Oleos construyendo personajes de ojos enormes, narices quebradas y manos crispadas. Bailaban música clásica las figuras, saliendo de las telas entre el humo del cigarrillo y el rayo de sol que entraba por la mañana desde el balcón que miraba el noreste. Una tranochada velada hecha de pinceles y trementina. Olores de infiernos convertidos en mensajes artísticos y aplausos de éxito creciente. Orgullo entendido de libertad ganada y autonomía cumplida. Madre presente en su más extraordinario bullicio. Una madre a los cinco años, es una madre. Una madre a los cincuenta y siete, es una madre que no está.

El recuerdo de la madre ayer, cuando todavía era un mundo no escolar. Explosiva, temperamental y sincera. Incapaz de callar y no decir. Lo que pasaba bajo la sombra lo ponía a la luz. Sincera hasta el dolor. Fuerte. Imposible permanecer ilesa frente a esa estampida de energía no contenida. Su paso fuerte, profundo, pesado, alegre y viviente movía los columpios hasta el cielo. Cuidadora y en alerta. Una tormenta y la calma, juntas. Calma que llegaba y aliviaba. No se podía resistir la tormenta sin esa imprescindible calma. Que solo llegaba con ella. Porque ella controlaba la velocidad del tiempo y la marea. No sabía de su propio hechizo. Hechizaba. Un alivio su sonrisa. Aseguraba lo plácido. Su presencia ocupaba espacio. No pasaba desapercibida. Enamoraba. Ingenua y niña. No domesticable. Su potencial vital, lo artístico. Su racionalidad quedaba de lado. Su espíritu libre provocaba. No era consciente de su brillo. No lo cuidaba.

Ese temperamento lo heredamos las dos, ella y yo. Las que miramos hoy guardarse la tarde en el oeste del planeta, esperando la llegada de la noche. Las que escuchamos al perro aullar. Ella y yo. Y esa herencia la estilizamos con el legado de un padre casi perfecto, un dios de verdad para mi hermana. Rara mezcla de inteligencia extrema y represión tímida. Un padre constante.

A los cincuenta y siete una madre, ahora que lo recuerdo, es una madre presente porque amó. Y un padre que está hecho cenizas en el lugar que sólo les corresponde a los dioses eternos.

Ya sabrán quien soy. Soy yo y ella, con quien me encuentro en el espejo.

La niñez dio paso a la juventud, en forma veloz. Juntas, ella y yo, en la escuela de mosaicos pequeños azules, que se parecían al cielo del norte que conozco ahora. Olores a panes calientes y a escobillones con querosene limpiando pisos. Gritos y sonrisas. Niñas y más niñas de zapatos negros y medias blancas. Guardapolvos celestes, desgarrados en los bolsillos por las manos que se esconden en un gesto provocador de uñas pintadas. Un delito. Amiga sin amigas.

Un espacio tangible completo de aires serenos de siesta. El lugar en que aprendió a abandonar la desconfianza y en rigor, a descubrir la vida sin velos. La mujer que hoy miraba la tarde hecha noche, era aquella joven de frágil estampa que se convertiría en mi propia yo, una y otra vez, desafiando la comodidad de la belleza para adherir a funciones empáticas de revolución y rebeldía niña.

Oscilando entre lo indómito y la inteligencia emocional se desdoblaban las figuras y aparecíamos ella o yo, en virtud de lo necesario y los acuerdos. No nos superponíamos. Solo nos cuidábamos y aguardábamos la llegada de cualquier riesgo para poner en marcha nuestra experiencia de salvación mutua. Éramos ella y yo en una sola, casi indescifrables.

Rutinas de pelotas en la cancha del fondo del patio de la coqueta escuela. Pequeña niña entre las jóvenes grandes. Miraba el mundo con ojos ajenos. Descubría la vitalidad del ser mujer entre graciosos rituales de libertad deportiva. Poco duró. Lo suficiente para eyectar a estas dos sombras como una sola luz hecha de aventuras. Las mujeres cuidándose avanzaron. Casillero tras casillero. En un juego de

alarde señorial y sensibilidades prestas, lo joven fue madurando en un túnel de reflexiones que patrocinaban justicia y derogaban banalidades. Seria, con seriedad elegida. Gesto recortado de niña, joven madura y compromiso asumido para que las cosas huelan a verdad. Verdad ensayada y pocas veces una. Verdades recogidas fuera, sembradas y cosechadas dentro. Avances y retrocesos con tareas cumplidas. El deber ser, acompaña a esta mujer expectante que hoy ve, tras su ventana, hundirse el sol entre las montañas del planeta. Todo frente a sí. Y yo junto a ella. Somos las dos esfinges despiertas frente al sueño inconciliable de un colectivo convertido en sólo una mujer, después de todo.

Luego, el edificio de mala arquitectura moderna, por el que se ingresa a través de la puerta controlada. Vestigios de un pasado de dictadura que ya no volverá. No esa dictadura. Tal vez si una anarquía despótica liberal que tendrá también sus propios desaparecidos. Mientras empuñaba el lápiz de punta fina, regalo estival de mi padre, intentando fingir hacer mal los croquis, liberaba ansiedades, haciéndome invisible. Ella era invisible, lo lograba porque desaparecía. Yo no podía hacerlo. Lo indómito, creo, le empezaba a pertenecer a ella y yo me quedaba con el deber ser. Los talleres de diseño en la facultad hervían de entusiasmo y algarabía. Gente expectante. Jóvenes colegas disfrazados de sociedad necesaria, dibujando un perfil que asegurara el poderío de clase. Profesores ciegos, incapaces de vernos, ni a mí, que era visiblemente observable ni a ella que había decidido ser invisible. Relatos de días agrios y violentos. Competencias y demostraciones. Vínculos rotos

y postergados, cortos y poco profundos. Tiempo de inexistencias que empuñaron el futuro. Ella huyó y yo la acompañé, ni bien pude. Salvadas otra vez por ser dos que nos cuidábamos. Coexistiendo con el mundo de apetencias de graduados, hacia el interior de las puertas controladas, yo crecía y ella también.

Enamoradas del compañero eterno, que aún hoy está hablando a nuestro lado, siguió la vida. El que reconoce a nuestras dos mujeres. Que, a distinguida consideración del hecho, sólo lo sabe y protege. Esto no se expresa ni se gesta como conocimiento iluminado. Solo existe y se extiende, dando cuenta de libertades consagradas. Centinela apostado a nuestro lado y para siempre. Amor improvisado que se quedó instalado en la huella profunda de la vida de ambas. Nadie mejor. Las dos mujeres lo comparten.

El conocimiento trajo las experiencias, los territorios transitados y los compañeros elegidos. Claro mundo de ideales hecho luz de vida e inspiraciones para sembrar y colaborar. Un nido dentro de otro nido y allí dispuesto otro nido. Salvaciones mutas, otra vez, que extrapolaban a mi yo y mi otra yo, ella. Ahora un centenar de colegas, en la red de pescadores, despertando sueños de madera de la mujer que mira al sol esconderse hoy, detrás de la cima del planeta, mientras la acompaña. Maduración de bosques, corazón de anécdota, que se transformaron en viviendas y trabajos, precariedades muertas y resucitadas en oportunidades que iluminaron vidas. La mía y la de mi otra yo. Y la de todos quienes acompañaron la experiencia trascendental. Resiliencia inesperada. Santuario de protecciones y desvelos.

Gente querida por mí y mi otra yo. Mujer del mundo que todos amaban. Yo me escondía en esa promoción. No era mi sigma. No era mi intención. Ya en la madurez ella dejó de ser invisible para ser amada y yo me oculté para ser solo amada por el enamorado, en el mejor calor de este planeta. Mucho mejor calor que el del sol que se escondió hoy detrás de las montañas al oeste, en esta tarde que ya se hizo noche y que dejó escuchar un perro aullar, solemne en mitad de una calle iluminada por luces de mercurio que pagan los vecinos. Un colectivo de seguridades que proclama la iluminación no cenital sino municipal. Hasta que las bombillas se quemen y no más.

Así transcurría el recuerdo de todo. Sin seleccionar. Sin saber hacia qué dirección se iban acumulando las ideas y los tránsitos de esperanzas y trayectorias tangibles, funcionando como hitos de honor en la memoria.

La maternidad hecha a través del enamorado, ella y yo madres aprendices, despojadas de saberes y encomendadas al hechizo de la vida que siempre nos pone de pie. Ni las hijas lo supieron. No pudieron ver ni descubrir las madres, ella y yo, dos mujeres que acordaron cuidados mutuos y disfraces no superpuestos. Una en escena. Otra entre bambalinas. Reemplazándonos enhorabuena. Amando la madre renacida por cada hija en cada parto. Alegato de vida y cuidados serenos. Mundo de aprendizajes y resignaciones de amor hecho abrazos e ilusiones. Maternidad eterna. Unida sin quiebre a la ancianidad de abuela. Siempre las dos, sobrevivientes de las mareas, ocupándonos de no ahogarnos en las llamas de cualquier infier-

no. Por las dudas, regresó entonces el gesto de confianza quebrada de cuando era niña ella y era niña yo. La vida pasó por delante y sin seleccionar recordó todo, mirando por la ventana aquella tarde hecha noche, cuando aullaba un perro.

Transitando islas de benditos sueños, la vida traía en su marea los personajes de cuentos que más quería ella y más quería yo. Tiempo de maternidad de hijas que se revitalizó en abuela.

El niño moreno de ojos azules verdosos, con un mechón del flequillo sobre su frente y la sonrisa que heredaba la calma de un padre divinizado. El padre mío, el de ella, y el de mi hermana que creía que era dios. El silencio de un mensaje prolijamente descubierto en la mirada dulce de sus ojos y su cabeza de lado señalando un encuentro siempre feliz. La comunicación extrema de la calma y la paciencia, de la espera del milagro de la vida todo dispuesto en un ser maravilloso. Mensajero del milagro existencial.

Luego el niño cuya alegría desbordante explota en carcajada, repiqueteando en su rostro como una cascada mágica en mitad de un bosque limpio y puro, entre seres alados y duendes pícaros, que danzan la mejor canción. Rulos de brillo solar y manitos regordetas, el dedo pulgar señalando, que finalmente es el gordo que se comió el huevito. Una extraña y serena conciliación de amor profundo y ferviente con diversión asegurada. Recuerdo de la misión maternal en los abrazos de un ser pequeño y suave como el algodón. Celebración lúdica de la eternidad hecha bebe. Por último, otro personaje de cuentos que ella y yo recordábamos aquella noche

en que habíamos intuido la llegada de la luna, débil y pequeña, apareciendo tímida en cualquier parte del firmamento. La luna y su caprichosa llegada que siempre asombra y sorprende.

Niño de esos cuentos de lunas y dinosaurios, de noches de estrellas y hombres araña. Capitán de los equipos que fraguan aventuras, hundidos en el impenetrable bosque de duendes y hechizos. Imaginación despierta que lucha contra los villanos, mientras sus ojos de cielo salpican amor eterno. Explorador del mundo de cementerios andinos buscando a la mujer de pelo brillante subida a su caballo blanco, quien le dejó por cientos de años, noche tras noche, en un papel de color amarillo una nueva historia sobre el marco de la ventana de madera resquebrajada. Hasta que él pudo escribir su propia historia y dijo buenas noches abuela. Resplandor de una vida de profecía cumplida.

La noche quedó en silencio. Ella siguió mirando hacia el oeste. Yo la estaba acompañando. En la oscuridad de esa noche la vida pasó lenta y cuidada. Finalmente entendimos que ella y yo estábamos salvadas. No hay riesgo compañera, ya nada nos pasa. La vida, tan solo, que nos ha rasguñado el alma.

La mía. La de ella.

Somos dos.

A las vidas salvadas.

HABITAR LA PALABRA

de

Paula Peyloubet

Se terminó de

imprimir

en

septiembre de 2024

Buenos Aires – Argentina